

EL ESCALÓN 33

LUIS ZUECO



Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: El escalón 33
Autor: Luis Zueco

Copyright de la presente edición © 2012 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3o C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-351-6
Fecha de publicación: Mayo 2012

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-12.652-2012

Las palabras se limitan
a intentar explicar
qué son los símbolos,
sin llegar nunca a conseguirlo.

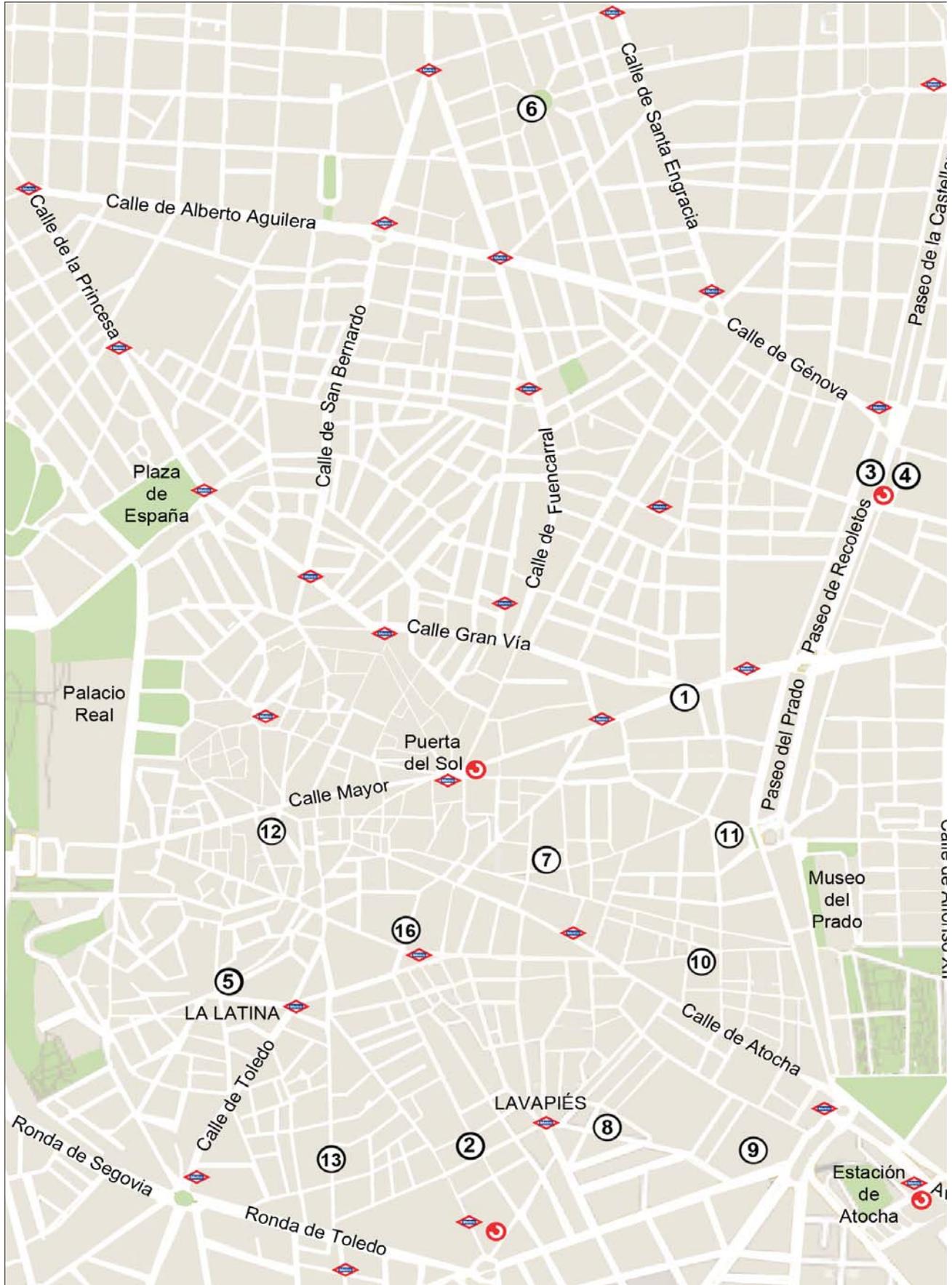
ÍNDICE

PARTE I. MADRID	13
Capítulo 1. Ratones de biblioteca.....	17
Capítulo 2. Silvia Rubio.....	23
Capítulo 3. La Biblioteca Nacional.....	35
Capítulo 4. París.....	47
Capítulo 5. El Rastro.....	51
Capítulo 6. La cafetería.....	61
Capítulo 7. El Círculo de Bellas Artes.....	65
Capítulo 8. Alfred Llul.....	75
Capítulo 9. El hombre de los castillos.....	83
Capítulo 10. La calle Argumosa	91
Capítulo 11. El encargo.....	97
Capítulo 12. Luces de bohemia.....	107
Capítulo 13. La sombra.....	117
Capítulo 14. El Ángel Caído.....	139
Capítulo 15. La desaparición.....	145
Capítulo 16. Liébana	159
Capítulo 17. La huida.....	167
Capítulo 18. El Valle de los Caídos.....	173

PARTE II. LOS CASTILLOS	181
Capítulo 19. Castilla	183
Capítulo 20. La investigación	195
Capítulo 21. Castillo de Calatrava La Nueva.....	199
Capítulo 22. La mujer.	209
Capítulo 23. El Tajo	213
Capítulo 24. San Martín de Montalbán.	225
Capítulo 25. Alcántara.....	243
Capítulo 26. Peñíscola.....	263
Capítulo 27. El desafío	275
Capítulo 28. El cuarto símbolo	279
Capítulo 29. La brigada	287
Capítulo 30. Santa Ana.....	301
Capítulo 31. El profesor	311
Capítulo 32. El reino de los Mallos	325
Capítulo 33. La leyenda de las siete doncellas.....	333
Capítulo 34. El castillo de Clavijo	341
Capítulo 35. Margot.....	349
PARTE III. LOS SÍMBOLOS.....	359
Capítulo 36. Zaragoza	361
Capítulo 37. La Torre Nueva	375
Capítulo 38. El inspector Torralba	383
Capítulo 39. El sexto castillo	389
Capítulo 40. La dulce tentación	397
Capítulo 41. Adiós, muchachos.	403
Capítulo 42. Avis.....	411

Capítulo 43. El hipódromo	419
Capítulo 44. La llave	427
Capítulo 45. El último baile	433
Capítulo 46. San Juan.....	439
Capítulo 47. Mora de Rubielos	449
Capítulo 48. Santa María	461
Capítulo 49. La estrella y la cruz.....	467
Capítulo 50. La luz.....	475
Capítulo 51. El secreto	481
Capítulo 52. La verdad	487
Capítulo 53. El duelo	501
Notas del autor.....	505

I
Madrid





El Madrid de *El escalón 33*

- ① Círculo de Bellas Artes (CBA)
- ② Gaudeamus Café
- ③ Café El Espejo
- ④ Biblioteca Nacional de España
- ⑤ El Viajero
- ⑥ Plaza de Olavide
- ⑦ Plaza de Santa Ana
- ⑧ La Buga del Lobo
- ⑨ Restaurante-Café Arola
- ⑩ Arrocería Gala
- ⑪ The Westin Palace
- ⑫ Mercado de San Miguel
- ⑬ El Rastro
- ⑭ Fuente o monumento de El ángel caído
- ⑮ Plaza de Toros de las Ventas
- ⑯ Calle Conde de Romanones, 14

1. Círculo de Bellas Artes (CBA)
Disfrute de las magníficas vistas de la azotea.
Vale la pena pagar un euro por subir a verla.
Calle Alcalá, 42
2. Gaudemus Café
En el edificio de la biblioteca de la UNED, hay que reservar si quiere cenar en la terraza.
Calle de Tribulete, 14-18
3. Café El Espejo
Edificio con estilo *art déco*, frente a la Biblioteca Nacional.
Paseo de Recoletos, 27-31
4. Biblioteca Nacional de España
Ejemplares de todos los libros que se publican en España se guardan aquí, también hay exposiciones. Su escalinata es muy famosa.
Paseo de Recoletos, 20
5. El Viajero
Uno de los bares más famosos de La Latina.
¿Lo mejor? Su terraza en el verano...
Plaza de la Cebada, 11
6. Plaza de Olavide
Aquí se puede degustar la mejor tortilla de patata de Madrid.
7. Plaza de Santa Ana
Una de las plazas más concurridas de Madrid, centro de la vida turística en la que se pueden encontrar multitud de bares, restaurantes, pubs y teatros.
Metros más próximos: Sevilla y Sol
8. La Buga del Lobo
Un buen sitio para comer en Lavapiés.
Calle Argumosa, 11
9. Restaurante-Café Arola
Un restaurante poco conocido, escondido tras el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía pero, así mismo, magnífico.
Calle Argumosa, 43
10. Arrocería Gala
Se debe reservar, mínimo arroz para dos personas, lo mejor comer en el patio.
Calle Moratín, 22
11. The Westin Palace
No hace falta hospedarse en él, para poder ver su espectacular cúpula.
Plaza de las Cortes, 7
12. Mercado de San Miguel
Mercado de hierro y cristal restaurado en el que se pueden degustar productos selectos así como comprar los propios de un mercado de abastos. Uno de los lugares más cool de Madrid, junto a la Plaza Mayor.
Plaza de San Miguel, 1
13. El Rastro
El mercado callejero más famoso de Madrid. Funciona los domingos y festivos.
Desde la Ribera de Curtidores, entre las 9:00 y las 15:00.
Metros: Latina, Puerta de Toledo, Tirso de Molina, Embajadores
Autobuses: 17, 33, 35, 41, 60, 148 y Circular
14. Fuente o monumento de El ángel caído
Uno de los monumentos más famosos del Parque del Retiro, uno de los pocos dedicado al demonio.
Parque del Retiro
Metros: Retiro, Príncipe de Vergara
Autobuses: 1, 2, 15, 19, 20, 26, 28, 51, 52, 61, 63, 68, 74, 146
15. Plaza de Toros de las Ventas
Edificio neomudéjar
Calle, Alcalá, 237
16. Calle Conde de Romanones, 14
Edificio con la fachada inspirada en las obras de M. C. Escher.
Calle Conde de Romanones, 14

1

Ratones de biblioteca

Eran las nueve de la mañana, la biblioteca acababa de abrir. Vestido con un traje negro y una elegante corbata de seda de color azul, caminó por la Plaza de San Francisco en Pamplona. Se encontraba en pleno centro del casco antiguo de la ciudad, a la sombra de las torres de la iglesia de San Saturnino, cuyas campanadas marcan el inicio de los sanfermines. Cruzó al lado de un edificio clásico frente al cual se levantaba una estatua del santo de Asís, como recordatorio de su paso por esta ciudad allá por el siglo XIII.

La biblioteca ocupaba la planta baja y el sótano del otro gran edificio que presidía la plaza. Una construcción de esquinas redondeadas, coronadas con cúpulas y un mosaico colorista en su frontón central, conocido en la ciudad como *La Agrícola*. Aquella institución era la máxima responsable del patrimonio bibliográfico de Navarra. En la página web del centro había consultado que poseía una colección de más de trescientas mil obras, incluyendo un importante fondo antiguo, en el que se encontraban setenta y cuatro incunables más un completo fondo histórico del siglo XIX.

Una vez dentro del edificio, se dirigió al mostrador de información donde se encontraba una mujer de avanzada edad, con gafas y aspecto arrogante.

—Buenos días, quisiera consultar la sección de cartografía —dijo con un acento que revelaba su procedencia extranjera.

—Para poder consultar esos fondos necesita un carné de investigador.

—¿Es posible solicitarlo aquí mismo?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó la mujer poco entusiasmada con aquel tipo.

—Edgar Svak. —Por supuesto ese no era su auténtico nombre, pero había tenido tantos a lo largo de su vida que ya ni recordaba cuál era el verdadero.

—Tiene que rellenar este formulario. Y necesito un carné de identidad o pasaporte y dos fotografías recientes.

Svak sacó, del interior de su maletín de cuero, un sobre con las fotografías y su tarjeta de identificación, a continuación rellenó el formulario. Después se lo entregó a aquella mujer, que le observaba con recelo, como si supiera que había algo sospechoso en él. Ella recogió los documentos, comprobó que estaban correctamente cumplimentados y se los llevó a una sala contigua. Svak esperó pacientemente. Metió la mano en su bolsillo derecho del pantalón y cogió una piedra oscura y rugosa. La acarició con sus dedos, como si pudiera transmitirle cierta calma. Cerró su puño, apretando la piedra contra su piel, y la guardó de nuevo en el bolsillo.

Al cabo de unos minutos, la mujer volvió con algo en la mano y se lo entregó.

—Tome. Este es su carné de investigador. Para consultar el fondo de cartografía debe ir al Archivo Real y General de Navarra. Se encuentra en la calle Dos de Mayo, su horario de lunes a viernes es de 9 a 14.30 horas.

—Muchas gracias. —Svak intentó ser amable pero la mujer hizo como si no le escuchara.

Salió de la biblioteca profundamente enojado. No esperaba este cambio de planes, su información no era del todo correcta, tenía entendido que el fondo de cartografía estaba en aquella biblioteca. Era un error imperdonable, impropio de su experiencia. Tenía que actuar con rapidez. Paró un taxi.

—Por favor, a la calle Dos de Mayo. Es urgente.

El Archivo General de Navarra estaba en un antiguo palacio de Pamplona. Al entrar leyó una breve descripción histórica del edificio. Necesitaba conocer toda la información posible de aquel lugar. Sus orígenes se remontan al siglo XII, sirvió de residencia en

época medieval a los obispos de Pamplona y a los monarcas privados de este viejo Reino. En el siglo xx había sido rehabilitado para albergar la biblioteca.

Con el carné de investigador no tuvo ningún problema en pasar al interior del archivo. Pero en el acceso al fondo de cartografía tuvo que pasar a través de un detector de metales. Además, los dos guardias de seguridad de la entrada revisaron su maletín, pero no hallaron nada fuera de lo común. Entró a la sala de consulta, que se encontraba en una de las dependencias de la parte medieval del edificio, con un suelo de madera y cuadros barrocos decorando las paredes. Se dirigió directamente al mostrador y sacó de su cartera un pequeño papel doblado por la mitad, donde tenía apuntadas las referencias de un códice. El bibliotecario asintió con la cabeza y le indicó donde podía sentarse hasta que él regresara.

Svak observó la sala mientras esperaba, era de reducidas dimensiones y se hallaba prácticamente vacía. Apreció varias cámaras de seguridad en el techo. Pero los pupitres de consulta eran antiguos, de madera de pino y con una parte superior prominente, que ocultaba parte del propio mueble. La estancia tenía un olor peculiar, algo desagradable. Debía provenir de la gran colección de libros que atesoraba el fondo. Se podía decir que el tiempo se había detenido en aquellas páginas y había empezado a pudrirse.

La espera se alargó más de lo deseado. Pero, finalmente, el bibliotecario le llamó. Ya tenía el códice. Svak lo cogió y se sentó en una de las esquinas de la sala, donde no había nadie. Era un ejemplar magnífico, una edición de *Geografía y Atlas de Ptolomeo*, en un estado de conservación perfecto y fechado en la primera mitad del siglo xvi. Buscó los dos mapas en los que estaba interesado. Entonces comprobó que en ese ángulo de la sala las cámaras no podían vigilar lo que estaba haciendo y extrajo unos pequeños utensilios cortantes que tenía escondidos en los alzacuellos de la camisa. Eran unas herramientas fabricadas por él mismo, a partir de los plásticos que se colocan en el cuello de las camisas para que se mantengan firmes. Él los había afilado, con destreza hasta convertirlos en diminutos cuchillos. Con admirable habilidad empezó a utilizarlos a modo de cúter para separar los mapas del resto del libro. Era una tarea minuciosa, los mapas no debían sufrir daño alguno, si no su precio en el mercado negro bajaría

exponencialmente. Cuando terminó, abrió un doble fondo oculto en su maletín y depuso los dos documentos cartográficos con sumo cuidado, para evitar que sufrieran desperfectos. A continuación, devolvió el códice y abandonó la sala, volviendo a cruzar el detector de metales sin levantar la menor sospecha. Los guardias de seguridad procedieron a realizar la comprobación rutinaria del maletín sin encontrar nada extraño. Abandonó la biblioteca y se dirigió a su hotel en el centro de Pamplona.

Una vez allí, sacó cuidadosamente los mapas y los dejó sobre la cama: había sido un trabajo perfecto. Sabía que era uno de los mejores del gremio, si no el mejor.

Los mapas acompañan a los seres humanos desde el principio de los tiempos y Svak estaba seguro de que lo continuarían haciendo hasta el final de sus días. Durante muchos siglos se creyó que el primer mapa creado por el hombre se realizó sobre una pared del asentamiento de Çatal Hüyük en la región meridional de Turquía, y su datación era, aproximadamente, del año 6200 a. C. Sin embargo, en 2009 se había hecho un fascinante descubrimiento. Cerca de donde estaba ahora, en la cueva de Abauntz, hace unos 13.660 años, varios cazadores habían trazado el primer mapa cartográfico de Europa Occidental. Sobre una piedra de margosa, caracterizada por ser dura por dentro y blanda por fuera, habían dibujado el paisaje que tenían a su alrededor, señalando los cerros, los ríos, los pasos o puentes sobre el agua, las zonas inundables y hasta las áreas que más frecuentaban los animales que consideraban interesantes. Seguramente eran cazadores nómadas que vinieron al valle del Ebro desde el otro lado de los Pirineos y que hicieron un croquis de todo lo que podía ser útil para otras visitas o para quienes llegaran después de ellos. Como un mapa del tesoro en el que dejaban señalados los puntos clave.

Svak pensaba que para el hombre siempre había sido una necesidad situarse en el espacio que lo rodeaba, establecer los límites de su universo, cada vez más inmenso, cada vez más infinito. A lo largo de la historia, los mapas han sido un bien tremendamentepreciado. La información es poder y, en el caso de los mapas, este poder es aún mayor. El emperador Augusto eligió las bodegas más profundas de su palacio para guardar la cartografía del Imperio romano. Un famoso capitán cartaginés prefirió hun-

dir su barco y ahogar a toda la tripulación antes de que sus cartas marinas cayeran en poder de su peor enemigo. Durante la época de los Austrias, los mapas de navegación se guardaban en una caja fuerte, cerrada por dos candados y dos llaves: una en poder del piloto mayor; la otra, en manos del cosmógrafo. Y el rey portugués Enrique el Navegante decretó la pena de muerte para todo aquel que enviara un mapa al extranjero.

Svak no era un sentimental, sino un hombre práctico, y en lo relativo a su trabajo era insuperable. Hoy en día, la cartografía había perdido su importancia estratégica, ya no era un elemento de poder, pero sí de prestigio. En el patrimonio histórico el valor dependía de la oferta y la demanda. Pero éste era un encargo especial. Al parecer, a un coleccionista caprichoso le faltaban justamente estos dos ptolomeos y estaba dispuesto a ofrecer una suma astronómica de dinero por ellos.

Por supuesto, no sentía ningún remordimiento por sus robos, fueran mapas o libros. Hacía mucho tiempo que había dejado de preocuparse por cualquier tipo de sentimiento. Sin embargo, cada vez que actuaba no podía evitar recordar la inscripción que leyó hace tiempo en la entrada de la biblioteca del monasterio de San Pedro de Barcelona:

A aquel que robe, o se lleve en préstamo y no devuelva, un libro de su propietario, que se convierta en una serpiente en su mano y le desgarre. Que le aqueje la parálisis y todos sus miembros se malogren. Que languidezca con dolor pidiendo a voz de cuello misericordia, y que no cese su agonía hasta que cante en disolución. Que los ratones de biblioteca roan sus entrañas como prueba del gusano que no muere. Y cuando por fin acuda a su castigo final, que las llamas del infierno lo consuman para siempre.

2

Silvia Rubio

Fue el beso más torpe que le habían dado nunca, profundamente decepcionada se marchó de allí rápidamente. No tenía tiempo ni ganas para aquellas tonterías. Era ya tarde, así que salió del bar, cogió un taxi y deseó llegar lo antes posible a su piso.

Tenía un pequeño apartamento, de apenas cuarenta y cinco metros cuadrados, en la calle de la Cava Baja, en el barrio de La Latina. Para acceder a él había que recorrer un largo pasillo desde la puerta de entrada, pasando por un patio donde había un gran lienzo de sillares, que formaba parte de la antigua muralla árabe de Madrid. Estos restos sólo eran visibles en ciertos puntos de la ciudad, como en la plaza de la Ópera y en la catedral de la Almudena. Ella veía todos los días aquel muro de más de diez metros de alto, que permanecía escondido para el resto de habitantes de Madrid. Frente a la muralla, Silvia Rubio tenía que coger un ascensor que le subía a un tercer piso, allí debía ir al final de la planta, hasta una puerta que daba a una pasarela metálica por la cual accedía, en exclusiva, a su estudio. Cada vez que invitaba a alguien a su casa tenía que dibujarle un mapa y, cuando al final conseguían llegar, todos le comentaban que era una verdadera aventura encontrarlo. A ella le encantaba, se sentía una privilegiada, vivía en el centro de Madrid en un piso diferente al de todos los demás.

Lo había decorado con mucho estilo, pocos detalles pero con buen gusto. Una escultura africana; un cuadro abstracto, pintado por una amiga suya que representaba el rostro de una esbelta mujer con unos grandes ojos verdes; una completa biblioteca con libros, y algunas fotografías con sus amigas en distintas ciudades de Europa. Aunque, de todas las fotos que había en su piso, la que más le gustaba era una vieja *polaroid* de ella con su padre en la playa del Sardinero. Hacía tanto que había fallecido, que ya casi no lo recordaba. En la pared también había otro recuerdo de él, un viejo reloj que había heredado cuando murió. Su cama ocupaba gran parte de la única habitación, el baño se encontraba a la izquierda. La cocina se limitaba a una barra americana y un reducido espacio que utilizaba como despensa. No solía perder el tiempo cocinando, prefería picar algo en algún bar, y si tenía que comer en casa le bastaba con algo de queso y jamón, acompañado siempre por una buena botella de vino. No le gustaban las ensaladas ni la verdura, y comía pescado tan sólo en contadas ocasiones; la fruta ni la probaba, en cambio le gustaban mucho los zumos de naranja. La verdad es que ni comía mucho ni comía bien, pero a pesar de ello estaba delgada. «Cosa del metabolismo», solía decir ella.

Se cambió y se tumbó sobre su cama, boca abajo, con su cabeza en los pies del colchón, vestida con una camiseta de tirantes amarilla y un short blanco. Estaba cansada y algo confusa. Como única solución para olvidarse de todo abrió un Matarromera, una excelente botella de vino que tenía en el salón para las grandes ocasiones. Cogió unas galletitas saladas y encendió su ordenador portátil. Entró directamente a su cuenta de Facebook, en el muro únicamente destacaban algunos comentarios sobre unas fotografías de su amiga Vicky, a quien le encantaba subir imágenes a la mínima oportunidad: de viajes, cenas o cualquier otra cosa. Silvia odiaba aparecer en ellas.

Dejó el Facebook y echó un ojo al *timeline* de su Twitter para comprobar si había algún *tweet* interesante. Retuiteó una noticia curiosa sobre una iniciativa llamada «al camino de las ardillas», que pretendía repoblar la península ibérica de árboles para que, como antaño, una ardilla pudiera cruzarla de punta a punta. A continuación, desde su carpeta de Favoritos accedió a eBay, una web donde puedes comprar y vender cualquier cosa. Silvia solía adquirir toda clase de objetos en este portal. Trabajaba como restauradora en la Biblioteca Nacional en Madrid y le encantaban las antigüedades. Le gustaba buscar mapas

de los siglos XVII y XVIII, libros agotados y fotografías antiguas; pero también viejos álbumes de cromos, periódicos y un largo etcétera. Tecleaba las palabras e iniciaba la búsqueda, principalmente nombres de personalidades históricas, para ver qué libro, grabado, pintura o utensilio aparecía. También disfrutaba pujando, estaba orgullosa de las técnicas que había desarrollado para llevarse los artículos al mejor precio, aumentando la puja solamente segundos antes de que terminara la subasta, contactando directamente con los vendedores por e-mail para ofrecerles una cantidad de dinero diferente o, incluso, buscando en otros países los mismos artículos a menor precio.

Su última adquisición había sido un grabado de los Sitios de Zaragoza durante la Guerra de Independencia. En él se representaban unos monjes luchando en una barricada de esta ciudad frente a las tropas napoleónicas. Sus pequeñas dimensiones indicaban que había sido arrancado de alguna publicación y su fecha de impresión era de 1835, hace casi doscientos años. Después de la compra se lo había enseñado a un amigo suyo, asesor en el Instituto de Patrimonio Histórico, quien le había comentado que era un curioso ejemplar y que lo había visto hace algún tiempo en una exposición en Zaragoza. Investigó algo más y descubrió que había sido traído expresamente de la Biblioteca Nacional de París para esa muestra, y que sólo en el envío del objeto, el seguro y el viaje de la persona enviada por la Biblioteca Nacional de París para su correcta entrega, se habían gastado unos mil quinientos euros. Ella lo había comprado por nueve euros más otros dos de gastos de envío.

Aquella noche no tenía suerte. «¡Mierda! ¿Es qué no voy a encontrar nada interesante?», se preguntó. Decidió abandonar su búsqueda y escuchar algo de música; dudó, pero al final entró dentro de la carpeta que llevaba el título de Marlango y eligió varias canciones. Se dio la vuelta en la cama, bebió un trago de vino y buscó la cajetilla de tabaco que estaba sobre la mesilla. Cogió un cigarrillo y lo encendió con un mechero azul, que guardaba dentro del paquete y que tenía grabado un nombre: The boy. No recordó dónde lo había cogido. En el mismo momento en que daba la primera calada, empezaron a sonar los acordes iniciales de la canción.

How high, how high, how high will I go this time?
 How hard, how hard, how hard will I fall this time?
 How sweet, how slow, how hard, how warm?

Se embriagó con la melancolía de la canción y por un instante dejó volar su mente todo lo lejos posible. Ya se había olvidado del decepcionante chico de la fiesta, de quien ya no recordaba ni su nombre. Nunca tenía suerte con los hombres, aunque siempre le quedaría Jaime, lo más próximo que había tenido a un novio en el último año. «¿Por qué no me llamará el capullo de Jaime?», pensó. No es que estuviera enamorada de él, pero al menos se lo pasaban bien juntos. Era bastante atractivo y en la cama se compenetraban. «Poco más se le puede pedir a un hombre», dijo para sí misma resignada, mientras la canción seguía sonando: «Hold me tight, Hold me tight».

Finalmente decidió comprar algo en eBay para animarse. Empezó introduciendo el término «Goya»; era pretencioso pensar que iba a encontrar algo relacionado con el pintor aragonés a buen precio en la red, pero conocía a gente que lo había conseguido. Era cuestión de suerte. Una medalla, una copia interesante, un grabado de una de las primeras series. Pero esta vez no encontró nada que mereciera la pena. La siguiente elección fue buscar mapas antiguos de Madrid. Esto era bastante más fácil, ella misma había comprado hace poco un gran ejemplar de 1940. Era una maravilla porque en él venía la explicación de las calles que habían cambiado de nombre desde la República hasta la Dictadura. Había podido comprobar cómo algunas de las que variaron de nombre, actualmente habían recuperado el topónimo de época republicana. Encontró varios mapas interesantes, pero excesivamente caros. Entonces pensó que quizá tendría más suerte con los libros. Pero antes de continuar, eligió más canciones en su carpeta de música. Esta vez escogió una canción de Frank Sinatra que le traía buenos recuerdos: *I've you under my skin*.

Con la música de fondo se sintió más a gusto y siguió navegando. Decidió buscar algo de su poeta favorito del Siglo de Oro. Así que escribió el nombre de «Quevedo». Ante ella se abrió una ventana con trescientos resultados. Decidió filtrarla y eligió «libros del siglo XIX». Los resultados bajaron a cincuenta. Entre ellos encontró interesante un libro sobre los amoríos de Quevedo. «¿Habría sido Francisco de Quevedo un donjuán?», se preguntó. Sabía que se había casado por conveniencia con una dama aragonesa e imaginaba que le habría sido infiel en numerosas ocasiones. Parecía interesante, la subasta de este libro terminaba en veinte minutos. Por ahora, la puja máxima estaba en

tres euros. Era una cantidad ridícula, pero seguro que se incrementaría rápidamente en los últimos instantes. Así que tenía tiempo de sobra para prepararse la ropa que se pondría al día siguiente. Rebuscó en su armario hasta que encontró unos zapatos que le hicieran juego con el vestido negro ajustado que llevaría mañana. A Silvia le encantaba provocar a los hombres de su trabajo, sabedora de que siempre la miraban al pasar, algunos con más descaro que otros.

Cuando volvió frente al ordenador portátil ya sólo quedaban dos minutos, se había confiado demasiado con el tiempo, la subasta había subido a doce euros. ¡No, a trece, a catorce...! Debía decidir hasta cuánto estaba dispuesta a pujar porque el precio estaba incrementándose a velocidad de vértigo. Quedaba menos de un minuto y ya iba por los dieciséis euros. Pagar veinte euros por él estaría bien, dio a actualizar y el precio ya era de veintiún euros. Entonces decidió que veintitrés sería su tope, quedaban pocos segundos, tenía que esperar un poco más, un poco más. ¡Ya! Introdujo la cantidad y presionó el botón de «pujar». Se había acabado el tiempo, había comprado el libro en el último segundo por veintitrés euros, una sensación de satisfacción recorrió todo su cuerpo. No había echado un polvo aquella noche, pero al menos se había dado el gustazo de llevarse un buen libro antiguo por un precio ridículo y en el último segundo.

Contenta por la compra se acostó, era tarde y la ciudad ya dormía abrazada al silencio. Para ella cada noche era como una especie de cierre de telón. Descansaba no más de cinco o seis horas antes de empezar la función del día siguiente. Desde hacía demasiado tiempo sentía que, cada mañana al despertar, se entregaba a una nueva representación de su vida, siempre con el mismo guion. Las mismas personas, el mismo trabajo, los mismos amigos, los mismos enemigos, el mismo escenario, la misma ciudad que tanto odiaba y amaba a la vez. Sentía que tenía la obligación de leerse y aprenderse el guion cada noche para interpretarlo a la mañana siguiente, siempre igual.

El lunes y el resto de días de la semana pasaron rápido y sin ninguna novedad. De casa al trabajo y del trabajo a casa, por la noche leía hasta tarde. Estaba enganchada a una novela de Mario Vargas Llosa: *Travesuras de la niña mala*. «Al menos, por una vez, las mujeres no parecemos como unas cursis o unas sentimentales», pensaba mientras la leía totalmente enganchada. Había noches que tenía que ponerse una

hora límite, porque si no era capaz de estar leyendo hasta las cuatro o cinco de la mañana, y después iba totalmente dormida al trabajo.

Antes del fin de semana quedó para cenar con dos amigas, Vicky y Marta. Tenían una especie de ritual: cada jueves una de ellas proponía un restaurante. Debía ser un lugar especial, con algo que lo hiciera diferente; la decoración, la carta, el emplazamiento, la historia del sitio, que tuviera una estupenda terraza... aunque también servía que los mojitos y, a ser posible, los camareros estuvieran buenos, y no precisamente en ese orden. Después, las tres puntuaban cuál había sido el mejor restaurante del mes, era divertido.

Aquella noche había sido Marta quien había propuesto un lugar y, por supuesto, ni Silvia ni Vicky sabían cuál era. Eso era parte de la diversión, encontrarse las tres en una parada de metro e ir al restaurante sin saber cómo era y así llevarse una sorpresa al descubrirlo. La idea había surgido una noche viendo una película alemana donde un grupo de amigos quedaban para cenar todos los domingos, sin saber dónde. El juego consistía en recibir una serie de pistas para encontrar el restaurante, muchas veces tenían que recorrer media ciudad para dar con él. Ellas habían decidido no ir tan lejos como los alemanes, pero les había encantado el concepto. En esta ocasión habían quedado en la plaza de Lavapiés, junto al edificio del Centro de Arte Dramático. Cuando llegó Silvia, sus amigas ya estaban allí. Vicky Suárez corrió hacia ella para recibirla con dos besos. Ambas eran amigas desde el colegio, estudiaron juntas hasta el bachillerato; después Silvia se marchó a Londres para intentar ser modelo y perdieron el contacto, para recuperarlo con más fuerza a su regreso a Madrid. A pesar de sus diferencias eran grandes amigas. Aquella noche Vicky llevaba una camiseta con dibujos y una minifalda vaquera. Era tan delgada como Silvia, con el pelo castaño, largo y completamente liso. Tenía unos ojos brillantes y negros, muy atractivos. Siempre estaba sonriente y tenía una mirada que sabía utilizar excesivamente bien con los hombres. Trabajaba en una tienda de decoración que tenía por emblema una salamandra en la calle Hermosilla, y que últimamente no estaba en su mejor momento.

Marta López era diferente a sus otras dos amigas. Bastante más alta que ellas, tenía el pelo castaño y corto. Vestía una falda que cubría sus piernas hasta la rodilla y una blusa blanca. Ella las

había conocido a través de una amiga en común y desde entonces quedaban siempre las tres. Marta había vivido siempre en Madrid y su ciudad le encantaba. No pensaba que hubiera un lugar mejor que éste para vivir; de hecho, no se había imaginado nunca ningún otro lugar en el mundo donde vivir. Trabaja en un banco y era la más tímida de las tres, le gustaba estar con Silvia y Vicky porque así se atrevía a hacer cosas que de ninguna manera se hubiera imaginado hacer sola. Se esforzaba enormemente a la hora de buscar el restaurante de los jueves. Esta vez era su turno.

—¿Vamos? No vamos a llegar —dijo Marta intentando meter prisa a sus amigas, que no paraban de hablar y avanzaban despacio por la calle del Sombrerete.

—Es pronto, Marta —le dijo Vicky mientras pasaban frente a un grupo de chicos que les siguieron con sus miradas durante un buen rato, murmurando algunas palabras en un idioma extranjero.

—Tenemos que llegar antes de las ocho y media, he reservado —replicó mientras intentaba acelerar el ritmo.

—¿Tan temprano? —preguntó Silvia mientras miraba a Vicky extrañada— ¿Por qué has reservado a esa hora?

— Porque sólo hay dos turnos para cenar y el de las diez ya estaba completo.

Caminaban por el centro del barrio de Lavapiés, uno de los más castizos de Madrid. Una zona antigua de obreros que ahora estaba llena de inmigrantes. Sin duda era uno de los lugares más multiétnicos de la ciudad. En él podías encontrar desde ancianos que llevaban viviendo allí toda la vida, residiendo en pisos alquilados de renta antigua a punto de venirse abajo, ya que sus propietarios no realizaban ningún mantenimiento al inmueble, ansiosos de que los últimos inquilinos lo abandonasen y poder especular con el terreno. Hasta emigrantes venidos del África subsahariana, que comerciaban con multitud de productos. Pasando por los marroquíes que eran abundantes en el barrio. Pero también con bohemios y artistas que disfrutaban de aquella mezcla cultural. Todo ello salpicado de tabernas típicas de Madrid, kebabs, locutorios, tiendas de productos latinoamericanos —que cada vez eran más frecuentes—, edificios nuevos o singulares con preciosas fachadas rehabilitadas que contrastaban con los antiguos en estado precario. Y, así, un sinfín de comercios y garitos tan diferentes como numerosos. En la calle había mucha

gente, por la noche era un lugar poco recomendado, pero por el día era un continuo movimiento de personas con sus diferentes colores, acentos y costumbres. En el cruce de la calle del Sombrerete con Mesón de Paredes se pararon delante de un edificio reconstruido que pertenecía a la Universidad Nacional de Educación a Distancia, la UNED.

—Vamos —insistió Marta entusiasmada mientras se dirigía hacia la puerta metálica situada al lado del emblema de la universidad—. Ya veréis cómo os gusta.

Silvia estaba un poco confusa, sabía que allí se ubicaba una biblioteca de la UNED, aunque no la había visitado nunca. También conocía que aquello era el antiguo Convento de las Escuelas Pías, pero no alcanzaba a entender qué hacían allí.

Dentro del edificio se abría un gran *hall*, a la izquierda destacaba una tienda de la universidad, con un escaparate de cristal donde se exhibían numerosos libros a la venta. A la derecha, la pared estaba forrada con anuncios de alquiler de pisos y de clases particulares de inglés, física o matemáticas. A Silvia le recordaban los mismos carteles que veía en su facultad cuando ella estudiaba.

Marta parecía no saber exactamente cuál era el camino correcto, pero se dirigió al fondo de aquel espacio, donde había una escalera de madera. Al llegar allí, vieron un ascensor pero también una pared de ladrillo que denotaba ser la del antiguo convento y unas ventanas que dejaban entrever una gran sala tras ellas.

—¿Subimos andando? Creo que aquí está la biblioteca —sugirió Marta mientras ascendía los primeros escalones—. Así la veremos mejor.

Tanto a Vicky como a Silvia les pareció buena idea. Desde el primer piso pudieron descubrir lo que las ventanas escondían. Se trataba de la nave de una iglesia que había sido reconvertida en una magnífica biblioteca donde había bastante gente estudiando. La iglesia debía ser de grandes proporciones y tenía una gran cúpula de la que sólo se apreciaba el arranque del tambor. Subieron al segundo piso, desde allí admiraron mejor el antiguo templo, realizado en ladrillo, de estilo claramente mudéjar, aunque también se apreciaba decoración barroca en las trompas de la cúpula.

—¡Vaya sitio para estudiar! —exclamó Vicky—: Aquí hasta yo hubiera podido concentrarme y acabar la carrera —ella había dejado sus estudios en segundo de Derecho, cansada de suspender exámenes.

—¡Es precioso! Pero ¿por qué nos has traído aquí? ¿No me digas que hay una terraza en la azotea? —preguntó Silvia, quien no era nada fácil de engañar.

—Ya lo veréis —respondió Marta entre risas, lo cual confirmaba las sospechas de su amiga—. ¿Seguimos subiendo?

En el último piso estaba la puerta del restaurante Gaudeamos Café. Como ya había dicho Marta, disponía de dos turnos para cenar, por supuesto era necesario reservar con antelación como bien anunciaba el cartel de la puerta. Nada más entrar se encontraba una barra a la izquierda y a la derecha la salida a la terraza, que ofrecía un marco incomparable. Marta no tuvo tiempo de preguntar si querían tomar algo en la barra o salir al aire libre, sus amigas ya lo habían decidido por ella y la esperaban en la azotea.

La terraza estaba dividida en dos partes por unos maceteros transparentes, iluminados por luces *led* de diferentes colores que creaban un ambiente especial. Todas las mesas estaban llenas de gente charlando y bebiendo animadamente. Pasaron junto a una pizarra donde estaba escrito «Mojitos a 7,5 €». Silvia y Vicky se miraron con una pícaro sonrisa, pero sin decirse nada: sobraban las palabras. Desde la barra se veía la otra parte de la terraza, que seguramente estaba acondicionada para las cenas, también se observaban unas fantásticas vistas del sur de Madrid y, sobre todo, delante de ellas, se alzaba la linterna de la cúpula de la iglesia.

Estaba parcialmente destruida. Habían rehabilitado todo el convento consolidando las ruinas y reconstruyendo volúmenes, pero no interviniendo en el edificio para recuperar enteramente su aspecto original. Las ruinas tenían un aire melancólico, lo que unido al atardecer que empezaba a caer daban a la terraza un aspecto idílico.

—¿Os gusta? —preguntó Marta segura de la respuesta, pero deseando oírla de la boca de sus amigas.

—Es genial, ¡vaya vistas! —respondió Vicky muy contenta, qué más podía decir, su amiga le había descubierto un sitio fantástico.

—Venid, porque todavía hay más —continuó Marta mientras les indicaba que la siguieran hasta la barandilla de la parte de la terraza donde se cenaba—: ¿Veis aquel edificio? —preguntó refiriéndose a un inmueble abierto, con unas estrechas terrazas en cada piso donde se abrían varias puertas y que, por sus colores y distribución, denotaba

que había sido restaurado—. Es una antigua corrala, la mejor conservada de Madrid —les informó Marta—. Las corralas eran antiguas viviendas de la clase obrera de Madrid de principios del siglo xx, tienen un patio abierto donde se abren los pisos, quedan ya muy pocas.

Otro punto para el restaurante de Marta.

Se sentaron en la mejor mesa, desde donde veían la iglesia y la corrala, y pidieron una botella de vino blanco de Rueda para las tres. Vicky era vegetariana, así que pidió una ensalada, Marta y Silvia optaron por unas croquetas y dos tostas de solomillo con cebolla confitada. De postre, las tres eligieron el tiramisú, especialidad de la casa.

—¿Habéis visto qué bueno está el camarero? —comentó Vicky.

Sus amigas se volvieron hacia el fondo de la barra, donde había un chico alto y con aspecto de ir mucho al gimnasio, y no precisamente de visita.

—Está bien, pero es un poco gamba.

—¡Gamba! No sé, no es feo —respondió Vicky.

—No, que es un hombre gamba: le quitas la cabeza y el resto está buenísimo —dijo Silvia entre risas, que pronto se extendieron al resto de sus amigas.

—Ayer fui a ver un piso en Arganzuela —comentó Marta—, pero era demasiado caro.

—Es imposible comprar un piso en Madrid —intervino Vicky—: yo creo que voy a vivir toda la vida de alquiler.

—Pues yo no quiero comprarme nada aquí —añadió Silvia inusualmente seria—, quiero irme.

—¿Irte? ¿A dónde? —preguntó Marta sorprendida.

—Lejos, a un pueblo, y comprarme una casa enorme y un perro.

—¿Y de qué vas a trabajar en ese pueblo? —preguntó irónicamente Vicky—. Porque no creo que necesiten muchas restauradoras de libros antiguos en el medio rural.

Marta miró a Vicky algo disgustada, estaba segura de que ese comentario no le había gustado a su otra amiga.

—No lo sé, pero pienso hacer lo que sea para irme de aquí.

—Búscate un millonario —sugirió Vicky entre risas—, es lo mejor.

—Puede que lo haga. Estoy harta de mi vida, quiero cambiar. Vivir en el campo en una casa que sea mía y que pueda pagar sin estar agobiada todos los meses por una hipoteca —sentenció Silvia—. Es lo que deseo, haría cualquier cosa para conseguirlo.

—Bueno, bueno... no nos pongamos tan melodramáticas —intervino Marta—, que hemos venido a pasarlo bien. ¡Hagamos un brindis!

Pasaron toda la cena hablando de otros temas, hasta prepararon un viaje para el próximo mes a Roses, en la Costa Brava. La botella de vino blanco duró poco, demasiado poco, y hubo que pedir una ronda de mojitos. La cena también se hizo corta, pidieron quedarse un poco más, pero el turno de las diez estaba completo, así que terminaron el mojito en la barra. Después, sopesaron continuar en otro bar, pero las tres estaban cansadas y al día siguiente trabajaban, así que decidieron dar por terminada la velada. Vicky y Marta compartieron taxi, Silvia pidió que la dejaran en Puerta de Toledo y, desde allí, volvió andando a casa. Subió por la calle Bailén pasando frente a la iglesia de San Francisco el Grande y llegando a La Latina, otro de los barrios típicos de Madrid. Sus calles estaban animadas, pero el ambiente era diferente al de Lavapiés, había mucha gente joven y con dinero. Era fácil ver algún famoso por allí. Hace poco se había encontrado con Eduardo Noriega, y a Elena Anaya solía verla con frecuencia. Incluso cree que un día vio a Penélope Cruz, pero no estaba del todo segura. Era jueves y la gente salía mucho por los pubs de esta zona, algunos de los mejores de todo Madrid se escondían por aquellos rincones. Ahora que veía a la gente beber y divertirse no le hubiera importado alargar un poco más la noche, era pronto, apenas las doce, pero estaba cansada.

Cruzó la plaza de la Puerta Cerrada y se detuvo unos instantes a observar una vieja casa que estaba completamente apuntalada: «Qué pena que un edificio tan antiguo esté en un estado tan lamentable ¡y en el centro de Madrid!», pensó. A continuación, siguió andando unos metros hasta que se detuvo frente a la fachada de otro inmueble que tenía totalmente pintado uno de sus laterales. Había dos dibujos, el primero no le llamó la atención, pero el segundo estaba formado por una especie de piedra y una viga de color negro, ciertamente extraña. En la parte superior, en letras de gran tamaño, se podía leer: «Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son».

Intrigada por la frase prosiguió su camino a casa. Entró en su portal, cogió el correo del buzón, donde destacaba un paquete, pasó junto a la muralla medieval hasta llegar al ascensor y subió a la última planta. Después, recorrió la plataforma metálica y entró en su apartamento. Se tiró, literalmente, en el sofá y dejó las cartas

en el suelo, a excepción del paquete. Era pequeño, miró el remitente, pero el nombre no le decía nada. Además venía de Málaga y ella no conocía a nadie que viviera allí. Lo abrió con dificultad, parecía envuelto por todo un profesional, como si protegiera algo de gran valor. Tuvo que servirse de sus uñas para romper el embalaje, pero al fin pudo ver lo que escondía, era el libro sobre Quevedo. «Qué pronto había llegado», pensó. Parecía realmente antiguo, la portada era de cuero de gran calidad y estaba bien conservado, a excepción de una apertura en la tapa posterior que le preocupó bastante. Se incorporó para revisarlo mejor y efectivamente, la tapa trasera estaba rota. No mucho, pero si lo suficiente para enfadarse. «Eso me pasa por confiarme», pensó. «Si es que soy tonta».

Revisó el libro por dentro y las páginas estaban amarillentas por el paso de los años, pero en buen estado. La lástima era la cubierta, a pesar de todo decidió no devolverlo y se fue a la cama con él. Dejó encendida la luz de la mesilla y se acostó leyendo los amoríos de don Francisco de Quevedo, muy ilustre caballero de la Orden de Santiago. La magia del relato le cautivó desde el primer momento, como con esos libros que una vez que empiezas a leer ya no puedes parar y se convierten en una droga.

3

La Biblioteca Nacional

Cada día había más viajeros en el metro. Desde su casa, Silvia Rubio tenía que hacer un sólo cambio para llegar al trabajo. En la plaza de La Latina cogía la línea verde hasta Ópera, era solamente una parada, allí hacía transbordo a la línea roja que le dejaba en Banco de España. A pesar que de que el trayecto era corto siempre le entraba sueño. Por la noche dormía poco, pero tampoco necesitaba demasiadas horas de sueño para estar bien al día siguiente. Lo más extraño era que nunca conseguía soñar. No recordaba la última vez que lo hizo.

Para no caer en los brazos de Morfeo y pasar el rato entretenido en el metro siempre escuchaba su iPhone. Le servía para no fijarse en toda la gente curiosa que había siempre en los vagones. Ponía música, o simplemente la radio, y dejaba pasar las estaciones hasta que llegaba a su destino. También se entretenía observando qué libros leía la gente que iba en su mismo vagón. Se dice que el metro es el lugar donde más se lee de todo Madrid, y puede que sea verdad. Allí era fácil enterarse de las últimas novedades, de qué libros estaban teniendo éxito y, sobre todo, para Silvia era posible saber si la gente leía mucho o poco en función del libro que tenían. Si era un *best-seller*, es que compraban cuatro o cinco libros al año, y cuando lo hacían preferían ir sobre seguro, leyendo lo que anunciaban por la tele, aunque muchas veces no supieran

de qué trataba exactamente el libro. Si tenían uno menos conocido es que podían leer unos veinte o veinticinco libros al año, y por eso podían arriesgarse con publicaciones de escritores menos famosos. A la hora de elegir qué leer, Silvia prefería recurrir a sus amigos para que le recomendaran nuevas novelas o consultar las opiniones de otros lectores en internet, en foros o en algún *blog* sobre literatura que conocía. Pero nunca se fiaba de los *best-seller*, por muy famosos que fueran sus autores.

Se bajó en Banco de España y salió frente a la fuente de la diosa Cibeles y el edificio de Telecomunicaciones, nueva sede del ayuntamiento de Madrid, donde recientemente habían abierto una cafetería; en plena calle Alcalá, con el magnífico edificio Metrópolis a la derecha, en el cruce con Gran Vía, y la Puerta de Alcalá al fondo, a la izquierda. Desde la Plaza de Cibeles subió andando por el Paseo de Recoletos hasta llegar a la Biblioteca Nacional, desde lejos vio la gran bandera de España que ondeaba orgullosa en la Plaza de Colón.

El edificio de la Biblioteca Nacional era una obra neoclásica. En su fachada destacaba un frontón triangular donde estaban representados ángeles, diosas, dioses y musas. A Silvia le encantaba la elegante pose de la musa de la izquierda, sentada, con las piernas cruzadas y mirando hacia su izquierda. El edificio lo coronaba una dama, con intención de imponer la corona de laurel a alguien merecedor de tal honor, y ella, a su vez, portaba una corona almenada. Su amigo y compañero de trabajo Blas, le había comentado en cierta ocasión que aquella era, sin duda, una representación de la República, pero le pidió que no se lo contara a nadie, no la fueran a quitar. Debajo del frontón había una galería formada por ocho grandes columnas de estilo corintio. Pero lo que más destacaba eran las estatuas de la entrada y la escalinata. De todas ellas, por la que sentía mayor admiración era por la de san Isidoro de Sevilla, representado en una de las dos estatuas que presidía la escalinata de entrada, junto con la de Alfonso X el Sabio. Estaba tallado sentado, con un gran libro sobre las piernas, sujetado por su mano izquierda. Le gustaba la forma de representarlo con aquel libro, como si estuviera buscando algo en él. La de Cervantes, de pie contra la pared, también le gustaba. Formaba parte del segundo grupo de estatuas, las cuales estaban apoyadas en la fachada. Muchas veces hacía la broma de saludarlo al pasar, sin que

nadie más que ella se diera cuenta. Al entrar en el edificio, pasó su bolso por el escáner y saludó a Carlos, el vigilante. Su oficina de trabajo estaba en el segundo sótano.

El día fue bastante aburrido, parte de la Biblioteca Nacional estaba por aquella época en obras y eso había bajado el ritmo de trabajo. Su jefa, Pilar Fernández, la tuvo toda la mañana reunida con unos representantes del Louvre que querían hacer una exposición sobre libros de caballería. Cada vez tenía menos trabajo práctico y más papeleo. Gestionar archivos, redactar informes, hacer inventarios, acudir a reuniones, comidas, incluso cenas.

—¡Qué guapa estás! —se dio la vuelta y se encontró con María Ángeles, la secretaria de su jefa—. Me encanta esa falda, ¿dónde la has comprado?

—En un mercadillo.

—¿En serio? Pues te queda genial.

«Qué falsa es», dijo para sí misma. María Ángeles era la cotilla oficial de la Biblioteca Nacional.

—¿Qué tal ayer? ¿Saliste?

—Un poco —contestó Silvia con desgana.

—¿Con quién? ¿Cómo se llama?

—Salí con dos amigas —respondió en un tono poco agradable.

—¿Y luego os fuisteis de marcha?

—No, a casa.

—Es que ya empezamos a tener una edad, ¿verdad?

Silvia la hubiera matado allí mismo.

—La jefa pregunta por si se ha finalizado la restauración del libro de oraciones sefardí de Hamburgo.

—¿El mazhor ? Sí.

—Quiere el informe.

—Está sobre la mesa de la ventana.

María Ángeles lo cogió y se quedó de pie leyéndolo. Silvia simplemente la ignoró y siguió trabajando. María Ángeles se fue, sin decir nada, al ver que no iba a sacar más información de los labios de Silvia. La secretaria de dirección era la más cotilla entre las cotillas. Le encantaba preguntar a los demás, para poder cuchichear sobre ellos a la menor oportunidad. Silvia la detestaba profundamente.

Por lo menos era viernes y el fin de semana estaba cerca. Sin embargo, estaba claro que aquel no era su día de suerte, y tuvo que trabajar en un informe hasta las seis de la tarde. Como siempre salió casi la última. Saludó a Carlos y bajó la escalinata del edificio de la Biblioteca mientras buscaba los cascos de su iPhone. No le apetecía buscar canciones, así que conectó la radio y descendió por el paseo de Recoletos hacia la plaza de la diosa Cibeles. No sabía qué emisora estaba sintonizada, pero había una entrevista. Parecía que estaban hablando de algún tema de patrimonio o de historia, lo que llamó su atención:

«[...] tiene el mayor perímetro de toda Europa, y está en muy buen estado de conservación. Desde lo alto del cerro domina el curso del río Duero por tierras sorianas. No fue alzado espontáneamente por un conde con los recursos de sus tierras, sino que es una obra monumental, planeada por un personaje muy poderoso, el mismísimo califa de Córdoba. No es un castillo sin más, es una grandiosa fortaleza a imitación de las grandes fortificaciones bizantinas de la Antigüedad. El enorme recinto de Gormaz no estuvo destinado a albergar la población de una ciudad, su fin era ser el refugio de un poderoso ejército que tenía en jaque constante a los cristianos del por entonces condado de Castilla. Era una enorme fortaleza para atacar la estratégica línea del Duero y tener una puerta abierta hacia el norte. La mezquita de Córdoba, el palacio de Madinat al-Zahra y la fortaleza de Gormaz son los tres hitos arquitectónicos que marcan la diferencia de nivel cultural entre el mundo del Occidente cristiano y el hispano-musulmán en aquella época; nada hay, ni hubo en la Europa cristiana del siglo x, que de lejos pudiera compararse al castillo de Gormaz.»

A Silvia le gustaba mucho la historia y, sobre todo, los episodios curiosos, las leyendas y los misterios. Visitar las grandes catedrales, las pequeñas iglesias románicas, los palacios renacentistas y también los castillos. No había oído hablar de Gormaz, pero al escuchar en la radio cómo aquel hombre lo comparaba, en importancia, con la mezquita de Córdoba y aseguraba que no había nada comparable en todo Europa en el siglo x, sintió al mismo tiempo vergüenza por su ignorancia y un fuerte deseo de ir a visitarlo, o al menos saber algo más de ese misterioso castillo.

«[...] y aun en toda la geografía militar hay pocos parajes que sobrecojan tanto el pacífico ánimo del viajero como este de Gormaz. Cuando lo visitamos, es preciso hacer un esfuerzo de imaginación y multiplicar varias veces la impresión que nos suscita hoy en día, para llegar a representarse la que su vista produciría en aquellos guerreros de la Reconquista en los albores del primer milenio. Cuando tras un largo sitio, unos 60.000 cristianos, al decir de las crónicas árabes, se lanzaron al asalto por las escarpadas laderas, con sus reyes y condes al frente, para acabar vencidos por los muros inexpugnables de Gormaz.

»—Corrígeme si me equivoco, pero creo que después de los musulmanes pasó a manos del mismísimo Cid Campeador.

»—Así es, a su vuelta del destierro, como reivindicación suprema, obtuvo el Mío Cid, del rey Alfonso, la concesión de esta gran fortaleza mora.»

Silvia entró por la boca de metro de Banco de España e hizo el camino inverso al de por la mañana. Aunque los móviles tenían cobertura en gran parte de las líneas de metro, la radio no tenía tanta suerte. Y perdió la sintonía justamente cuando despedían al colaborador que había estado hablando del castillo de Gormaz. Al llegar a su casa se duchó, se maquilló y se arregló un poco. Había quedado con Vicky para ir al cine en Callao y luego tomar algo con Marta por la plaza de Olavide, donde servían unos estupendos pinchos de tortilla de patata.

La noche fue divertida. Para entretenerse empezaron a jugar a juegos de adivinar palabras, como en algún programa de la tele, o tonterías parecidas. A Silvia se le daban bien todo aquel tipo de entretenimientos. Desde niña estaba acostumbrada a los acertijos y las adivinanzas. Cuando era pequeña se inventaba sencillos juegos a modo de pruebas personales, pero sin ningún tipo de premio, se trataba sólo de lograrlo. Por ejemplo, si iba en el asiento de atrás del coche de sus padres, se decía: «No puedo volver a pestañear hasta que vuelva a pasar otro coche de color rojo». O si, por ejemplo, estaba haciendo los deberes: «No puedo beber otro batido hasta que no termine de estudiar el tema quinto de historia».

El sábado por la mañana se levantó tarde y lo primero que hizo fue limpiar la casa, lo cual no le llevo mucho tiempo, dadas sus reducidas dimensiones. No le apetecía demasiado salir tan pronto, así

que estuvo también ordenando sus papeles y leyó varios capítulos de *Travesuras de la niña mala*, hasta que sonó su iPhone. Era un mensaje. No lo comprobó de inmediato, terminó el capítulo que estaba leyendo y, después de señalar la página con un folleto de una exposición de fotografía que utilizaba a modo de marcapáginas, cogió el móvil.

«Hi! Qdamos sta tarde? T invito a l copa»

Era Jaime, hacía una semana que esperaba ese mensaje y, ahora que había llegado, no estaba segura de querer volver a verle. Jaime no era su novio, ni siquiera su amante. Era un amigo, bueno, tampoco era exactamente un amigo, aunque podía considerarlo como tal. Realmente ella no sabía muy bien qué era Jaime en su vida. Alguien con el que quedaba a veces, salían, tomaban algo y casi siempre terminaban acostándose juntos. La verdad es que era muy bueno en la cama. «Las cosas como son; para algo que hace bien no le vamos a quitar méritos al chico», se decía ella así misma. Aquella tarde no tenía nada mejor que hacer, de hecho, no tenía nada que hacer. Ya había limpiado toda la casa, y no le apetecía quedar de nuevo con sus amigas. Una copa y, quién sabe, un buen polvo, parecían un plan perfecto para aquella tarde.

«En El Viajero a las 7.»

Siempre quedaban en el mismo bar. El Viajero ocupaba un edificio completo en el centro de La Latina, en la planta baja se ubicaba el restaurante; en la primera, la zona de café y copas; y en la segunda su famosa terraza. La zona de copas no estaba mal, en el restaurante Silvia nunca había comido, aunque tampoco creía que fuera a ser gran cosa. Lo que realmente la atraía del Viajero era su terraza. En verano era fantástica para huir del calor del asfalto de Madrid y, especialmente, para disfrutar de las magníficas vistas a la basílica de San Francisco el Grande. Los atardeceres allí eran espectaculares, el cielo se tornaba de diferentes tonos de naranja y las nubes componían formas caprichosas. Además, desde allí se podía seguir todo el movimiento de La Latina, dada su privilegiada situación.

Jaime siempre llegaba pronto y ella tarde, a pesar de vivir a dos calles de allí. No lo hacía a propósito, pero tampoco se esforzaba mucho en remediarlo. Jaime Lapeña era alto, con el pelo oscuro y corto. Tenía la tez morena y siempre iba bien afeitado. Su nariz era algo grande, lo que le permitía a Silvia burlarse de él

cariñosamente. Aquella tarde vestía una camisa de rayas marrones y unos vaqueros azules que le sentaban estupendamente. En su muñeca izquierda llevaba un gran reloj Lotus con varias esferas y la correa negra. Trabajaba en el departamento de Recursos Humanos de una empresa importante del sector sanitario. Silvia lo había conocido hace casi un año en una fiesta organizada por el banco donde trabajaba Marta, a la que tuvo que ir sola porque Vicky la dejó plantada en el último momento, algo muy habitual en ella. Jaime hablaba mucho, a veces hasta decía cosas ingeniosas, pero la mayor parte del tiempo sólo comentaba temas de su trabajo.

Silvia se había vestido con unos tejanos negros y un top verde y blanco, con un generoso escote que Jaime no dejaba de mirar. A ella no le importaba, le hacía gracia, por eso a veces se reía sin que Jaime supiera por qué.

Empezó a hablarle de su último viaje, había estado en Londres. Aquello fue el colmo para Silvia, porque no había nada de Londres que le pudiera contar Jaime que ella no conociera. Ya que después de terminar el bachiller, se había marchado a la capital de Inglaterra y allí había permanecido un par de años. Por un momento recordó su vida allí, cómo por las mañanas asistía a una escuela de modelos y por las tardes iba a un curso de inglés. Fue la única manera de tranquilizar a su madre, convencerla de que al menos iba a aprender inglés, aunque lo de modelo no saliera bien. Su madre estaba empeñada en que estudiara «algo seguro». En Londres pronto se quedó sin dinero, así que empezó a trabajar en una tienda de ropa cerca del Soho. En aquella época nunca tenía tiempo, de la escuela de modelos iba corriendo al trabajo, sin apenas tiempo para comerse un sándwich, por lo que tuvo que dejar las clases de inglés. Vivía en un piso compartido con seis personas más: dos chicos españoles, un nigeriano y dos chicas italianas. El piso era un completo desastre. Las italianas eran divertidas, pero no hacían otra cosa que pasarlo bien y traerse los ligues a casa. Los chicos españoles sólo pensaban en irse de fiesta y, aunque no ligaban mucho, siempre estaban borrachos. El nigeriano pasaba hachís a medio barrio, y montaba unas fumadas en el piso que, aunque vivían en un primero y el inmueble tenía cinco pisos, el colocón tenía que llegar hasta el ático.

Silvia terminó el curso de modelo y consiguió participar en algún desfile, incluso hizo varios anuncios para televisión y hasta un *casting* para una película, pero pronto empezó a ir todo mal. No la llamaban para los desfiles y tampoco para los anuncios. El trabajo en la tienda de moda no le daba para pagar todos sus gastos, y para empeorar las cosas le robaron dos veces. Conoció a unos amigos y empezó a salir mucho. Al principio le vino bien porque así se olvidaba de sus problemas, pero su vida se volvió un caos, sin dinero tuvo que aceptar un trabajo como bailarina en una discoteca. Aquello fue lo mejor que le pudo pasar, el sitio estaba bien, los clientes no daban problemas y ganaba mucho dinero. Pero llegó el momento en que tenía que decidir a qué se quería dedicar realmente y, obviamente, no podía ser bailarina de discoteca toda su vida. Quería estudiar algo que le gustara realmente, así que volvió a Madrid y se inscribió en la Escuela de Bellas Artes. Descubrió que tenía una gran habilidad para reparar antigüedades, con el tiempo se especializó en restauración de libros antiguos. Ahora trabajaba en la Biblioteca Nacional.

Su gran problema consistía en que tenía una tendencia natural y demasiado habitual al caos. Le encantaría poder ser más disciplinada, más constante con algunas cosas, menos indecisa, pero era una batalla perdida. Era pasional y se dejaba llevar por sus sentimientos, lo cual le generaba grandes problemas, pero no podía ni quería evitar ser como era, de lo contrario no sería ella misma.

Ya no salía tanto como en sus tiempos en Londres. Aunque normalmente en las fiestas se divertía, éstas solían distorsionar mucho su ritmo de vida. Prefería hacer otras cosas que pasarse toda la noche quitándose pesados y babosos de encima, y estar al día siguiente toda la mañana en la cama durmiendo, eso ya no iba con ella. Le entusiasmaba el campo, su madre tenía una casa en la Sierra. Era tan feliz allí, que si estaba más de una semana corría el peligro de no volver a Madrid. Lo que ella realmente quería era tener dinero, el suficiente para poder disfrutar y no tener que preocuparse del trabajo, para comprarse una casa, para huir de Madrid.

Se tomaron dos copas, el tiempo suficiente para que Jaime aún no se diera cuenta de que Silvia estaba deseando hacer el amor aquella tarde. No quería parecer desesperada. Después fueron a su apartamento, pasaron por la muralla y subieron en el ascensor;

cuando cruzaban la pasarela Jaime empezó a meter su mano por debajo del top de Silvia y nada más cruzar la puerta intentó quitárselo.

—Espera un momento —le interrumpió Silvia mientras se escapaba del ímpetu de Jaime—, voy a poner música.

Silvia fue hasta el ordenador portátil y entró en la carpeta con el nombre de Music. Tardó un poco, mientras oía a Jaime cómo se quitaba la ropa. Sonaron los acordes de una guitarra, era una versión de *Can't I take my eyes off you* que cantaba Alba Molina. Silvia se dio la vuelta y empezó a contornear su esbelto cuerpo mientras se quitaba su top verde y blanco ante la mirada de Jaime, que yacía desnudo sobre la cama.

Tú tienes que perdonar mi insolencia al mirar.
Toda mi culpa no es,
me he enamorado esta vez,
difícil es insistir,
sin ti no puedo vivir,
por eso no puedo así,
quitar mis ojos de ti.

Silvia se había desprendido de sus vaqueros, y sentada sobre la cintura de Jaime seguía los versos de la canción moviéndose rítmicamente mientras tarareaba la letra.

Aproximó sus labios a los de él y lo besó como si aquella fuera la primera y la última vez que iban a estar juntos, como si el mundo acabase aquella tarde y tuviera que gastar todos los besos que tenía guardados. Jaime le dio la vuelta y ella se abrazó a él con todas sus fuerzas, como una serpiente enroscada en su presa. Con los ojos cerrados, Jaime le susurraba cosas al oído, pero ella sólo oía la música. Nunca escuchaba lo que sus amantes le decían, no le importaba.

Le, le, le, le, le, le... le, le, le, le, le...
Te quiero mucho,
con toda intensidad,
te necesito,
te digo la verdad.

Hicieron el amor una vez más. Luego hablaron un rato sobre tonterías y se rieron mucho. Pero pronto se quedaron sin temas de conversación. Silvia quería estar sola. Jaime, en cambio, parecía estar a gusto allí, en la cama de Silvia, acariciándole el pelo, abrazado a su ombligo. Sin embargo, ella se incorporó, se puso el tanga y el sujetador, fue hasta la cocina y se sirvió una Coca-Cola Zero.

—¿Quieres algo? —le preguntó a Jaime, al mismo tiempo que le daba un sorbo a su vaso.

—Un vaso de agua, por favor —le respondió mientras se sentaba sobre el borde de la cama y se vestía—. Creo que voy a irme ya, tengo cosas que hacer mañana —Jaime se había dado cuenta de que Silvia ya no quería su compañía.

—Me parece bien, yo también quiero terminar unas cosillas que tengo pendientes —aunque ella no estaba muy segura de cuáles eran, ya las encontraría.

Se besaron, pero ya no de forma apasionada, y Jaime se marchó. Silvia se sentó en el sofá y encendió la televisión, lo intentó en varios canales pero no encontró nada interesante. «Vaya mierda, no hay nada decente», pensó. Todavía era demasiado pronto para irse a dormir, fue a la mesilla del dormitorio, alcanzó un cigarrillo y se lo fumó lentamente mientras recordaba lo que había pasado media hora antes en su cama. Sonrió y se animó un poco, se encontraba de buen humor. Entonces, miró el libro sobre los amoríos de Quevedo que había comprado por eBay. Se había quedado dormida mientras lo leía hacía un par de noches y ya no había tenido tiempo para continuar. Así que se levantó y lo cogió.

Los libros antiguos le producían una extraña sensación. Imaginaba que habían tenido muchos otros dueños antes que ella. «¿De quién habría sido este libro?», se preguntó. Estaba convencida de que los libros viejos tenían algo especial, como si tuvieran alma. Como si guardaran el secreto de todos aquellos que los habían poseído con anterioridad. Porque cuando se lee un libro, en su lectura ponemos parte de nosotros mismos, de nuestra esencia, de nuestra alma, y el libro se impregna de ella. Las palabras se mezclan con los pensamientos del que lo está leyendo y lo transforman. Por eso, un libro nunca es igual a otro, aunque sea el mismo ejemplar y la misma edición. Cuando salen de la imprenta sí son todos iguales, pero en el momento en el que alguien los lee adquieren vida propia. Los libros

se crean para leerse, no para estar en una biblioteca apilados. A ella le encantaba dejar libros, aún a costa de saber que seguramente no se los devolverían. Al menos, tenía la costumbre de firmarlos en el mismo momento en que los compraba, así sentía que siempre serían de su propiedad. También le encantaba que sus amigos le prestaran otros, ya que era como si le entregasen una pequeña parte de sí mismos. Además, iba a menudo a la biblioteca y allí sacaba ejemplares para leerlos en casa y, por supuesto, en su trabajo tenía que estudiar libros antiguos, pero aquello era más una obligación que un placer y lo disfrutaba mucho menos. Siempre que había un cumpleaños regalaba alguno. Para ella los libros tenían vida y debían vivirla.

Se trataba de un libro de reducidas dimensiones, encuadernado en piel, en pasta antigua, carecía de lomera, las guardas aparecían pintadas e incompletas y las tapas presentaban roces y pequeñas pérdidas de material. En la primera página podía leerse que era una edición de 1840, por lo que habría pasado ya por varios dueños, al menos una docena, a no ser que lo hubiera comprado algún rico burgués o algún estúpido y presuntuoso aristócrata del siglo XIX y lo hubiera tenido en su biblioteca durante años, sin que nadie lo leyera. Entonces, algún descendiente suyo arruinado después de malgastar la herencia familiar, lo habría malvendido a un anticuario, sin llegarlo a leer nunca, y éste lo habría puesto a la venta en internet.

Examinó sus páginas, estaban bien cuidadas. Con la experiencia adquirida en su trabajo, sabía perfectamente cuándo los libros presentaban signos de desgaste por haberse leído mucho o, por el contrario, cuándo sólo había pasado por ellos el tiempo o una mala conservación. En aquel caso las páginas estaban en buen estado, sus hojas mostraban la suciedad general en ambas caras, perforaciones en la zona de la grafía producidas por tintas ferrogálicas, desgarros, deshidratación del soporte, etc. Nada fuera de lo normal. Aquello era señal de que había sido leído pocas veces. Para ser un libro de principios del XIX estaba en un estado de conservación envidiable, a no ser por la contraportada. «Qué mala suerte. Si no fuera por esto sería un libro excelente», pensó. La examinó más despacio para ver si aquella rotura podía tener arreglo. Pero tenía mala pinta, podía descoserse en cualquier momento y empezar a separarse las páginas.

Repasó con sumo cuidado el filo del libro, y comprobó la calidad de la cubierta que se había rasgado. Entonces se quedó un tanto sorprendida. «¿Qué es esto?», se preguntó. Acercó el libro a sus ojos para poder examinarlo más de cerca y descubrió unos signos extraños dentro de la cubierta. Parecían letras, algunas eran reconocibles y otras no. Muy contrariada, lo miró más detenidamente y casi por instinto dio la vuelta al libro y esas letras se hicieron más conocidas. En ese preciso momento lo entendió, habían utilizado páginas de un libro más antiguo para formar las tapas del que tenía en sus manos. Era una práctica habitual desde la Alta Edad Media, cuando se llegaron a utilizar páginas de escritos de época visigoda para las tapas de los códices cristianos de los siglos XII y XIII. Éste no era ni mucho menos tan antiguo. Forzó un poco más la cubierta ampliando la rotura de la tapa. «Ahora ya qué más da», pensó. Le importaba más descubrir las páginas ocultas que el libro en sí. Pronto atisbó que el texto era bastante más antiguo que el libro del siglo XIX. No era paleógrafa, pero había restaurado libros bastante antiguos, escritos en diferentes idiomas y con diferentes tipologías de escritura y no tenía ninguna duda de que aquellas letras, con extrañas líneas curvas uniéndose por encima de las palabras, correspondían a un tipo de letra en concreto. Estaba escrito en castellano, pero con escritura cortesana, probablemente de los siglos XIV o XV. Su libro sobre los amoríos de Francisco de Quevedo presentaba más secretos de los que ella podía haber imaginado nunca. Continuó leyéndolo hasta que el primer suspiro del amanecer golpeó su ventana y sus pupilas agotadas se rindieron al descanso.

4

París

El público no suele madrugar para ir a los museos, excepto si son alguna de las grandes instituciones como el Louvre de París, el Museo del Prado de Madrid o el Museo Británico de Londres. Y ni siquiera en estos casos suele haber colas a primera hora de la mañana, a no ser que haya alguna exposición temporal muy importante.

Aquella mañana, por los alrededores del Museo de Arte de París deambulaba una mujer joven, de rostro extremadamente pálido y con un pañuelo atado a la cabeza a modo de diadema, como si estuviese de vacaciones en la Costa Azul, que ocultaba su pelo negro. Vestía elegantemente con unos pantalones de color gris claro, con una chaqueta a juego. Apenas se cruzó con un par de turistas mientras paseaba pensativa por la ribera del Sena opuesta a la Torre Eiffel. Mirando al río, como si éste fuera a traerle alguna buena noticia. La verdad es que el Sena la calmaba, le recordaba, como Audrey Hepburn decía, que en los días malos lo único que le iba bien era ir a Tiffany, porque sabía que nada malo podía ocurrirle allí. Ella sentía lo mismo en París y en el Sena, estaba segura de que nada podía sucederle paseando por su orilla.

Instantes después, abandonó sus pensamientos y rodeó el edificio del museo, hasta llegar a la parte trasera que daba al Sena. Se detuvo cerca de unos grandes ventanales, que prácticamente

llegaban hasta el suelo y medían unos cinco metros de alto por cerca de dos de ancho. Estaban protegidos por un cristal y una verja negra de hierro, de unos dos metros de altura. Se escondió detrás de unas gafas de sol con unos cristales de gran tamaño y, disimuladamente, se aproximó al ventanal. La reja estaba sellada con una cadena y un candado. A su alrededor, varios niños jugaban al patinete y, unos metros más lejos, una pareja se hacía fotos. Seguramente estaban de viaje romántico y habían elegido aquel escondido rincón para capturar una instantánea que, posiblemente, recordarían para siempre.

Entró en el hall principal del museo. Había escasa gente en su interior. Caminó despacio por la primera de las salas, vigilada por un hombre mayor que se entretenía consultando su móvil. Encima de él, una cámara de seguridad grababa todos los movimientos que se producían en esa parte del edificio. La mujer seguía caminando de forma pausada, ojeando de vez en cuando alguna de las obras, pero sin poner demasiada atención en ninguna de ellas. Parecía ajena al paso del tiempo, como distraída; nada más lejos de la realidad: ella sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Sus movimientos eran tan pausados que parecía como si no pasara el tiempo a su alrededor, como si simplemente le rozara. Y en un determinado instante, entre sala y sala del museo, la mujer desapareció. Fue tan sutil que nadie se dio cuenta, ni los vigilantes de las salas ni los que controlaban las cámaras. Fue como si se hubiera evaporado, como si nunca hubiera estado allí. Después, todo siguió igual.

Eran las cuatro menos diez de la madrugada cuando un individuo muy delgado, vestido totalmente de negro y encapuchado, se aproximó al Museo de Arte de París. Fue a la parte trasera y forzó, con una pinza anticadenas de brazos largos, la reja que protegía un gran ventanal. La alarma no saltó —tal como el ladrón esperaba. El museo sufría una disfunción parcial en el sistema de alarmas volumétricas, aquellas que debían detectar los movimientos de un posible ladrón en las salas interiores del museo. Él mismo se había encargado de provocar el fallo al sobrecargar el sistema de seguridad. El museo había detectado el problema hacía tres días y había contratado a una empresa para la reparación. Pero, por alguna extraña razón, no había en ese momento recam-

bios para la pieza que debía ser reparada. Además, tenía que ser un alto responsable del museo quien solicitara la pieza. Inexplicablemente, el tema se había retrasado unos días y por ese motivo la alarma continuaba averiada.

Desatornilló completamente uno de los cristales del ventanal y entró en el museo. Los tres guardias que hacían rondas ni oyeron ni se dieron cuenta de nada. El ladrón sabía dónde estaba cada cámara y, aunque no hacía nada para impedir que le grabasen, sí desaparecía muy rápido del campo de visión. Solamente si los responsables de las cámaras hubieran estado totalmente atentos, hubieran podido ver aquella figura moviéndose en los monitores. Así recorrió varias salas hasta llegar a las que, verdaderamente, le interesaban. Frente a los cuadros actuó de manera decidida, parecía saber a la perfección lo que buscaba. Con un cúter cortó, sin ningún tipo de dudas y con mucha habilidad, hasta cinco lienzos colgados en la pared. Los cuadros estaban asegurados con cables que al ser tocados activaron una alarma en una comisaría de policía. Pero, sorprendentemente, no en el propio museo, donde no sonó ningún sistema de alerta. Era un error del obsoleto sistema de seguridad, que el ladrón debía conocer perfectamente. El último cuadro que robó fue un modigliani. Después, cuidadosamente, sin romper los lienzos, los enrolló y salió del museo por el mismo ventanal por donde había entrado, con cinco obras maestras escondidas en un gran tubo cilíndrico bajo el brazo.

La noticia corrió como la pólvora por los medios de comunicación en internet. El robo no fue descubierto hasta las siete de la mañana. Una de las cámaras de seguridad grabó de madrugada a un individuo encapuchado entrando por uno de los ventanales de la parte de atrás del museo. Esa mañana los policías precintaron el lugar próximo al ventanal que sirvió de entrada al ladrón e inspeccionaron los alrededores en busca de huellas y de pistas. También examinaron los marcos de los cuadros, abandonados por el malhechor. A pesar de la existencia de un circuito de cámaras de seguridad, sólo grabaron a una persona sin rostro, deambulando tranquilamente por las salas del museo durante quince minutos. En teoría, los guardias de seguridad controlaban las cámaras, pero todavía no estaba claro cómo no pudieron ver nada. Las imágenes

de las cámaras de vigilancia, sin embargo, no permitían determinar si la figura encapuchada filmada era un hombre o una mujer.

Los periódicos parisinos encabezaron sus ediciones con grandes titulares y duras críticas. El *Libération* comentaba que:

Tras la estupefacción, llegaron las críticas y la petición de explicaciones. Un diestro ladrón entraba en la madrugada del jueves por una ventana del Museo de Arte Moderno de París, descolgaba cinco magníficos lienzos (firmados por Picasso, Léger, Modigliani, Braque y Matisse, nada menos) y se los llevaba de la pinacoteca sin que los tres vigilantes encargados de la seguridad nocturna viesan nada. Lo que parece un golpe de asombrosa perfección ha dado paso a comprometidas preguntas para el gestor del museo, la alcaldía de París.

Le Figaro no dudaba en hacer las preguntas más duras: «¿Por qué había un fallo en el sistema de alarmas desde hacía días? ¿Quién conocía el problema? ¿Por qué no sonó el segundo sistema de alarmas en el museo? ¿Cómo es posible que los vigilantes no viesan nada?».

Según el diario *Le Parisien*: «La oposición municipal, rápidamente culpó de los fallos en el sistema de seguridad a “la política de escasez financiera impuesta por la alcaldía de París” a los museos de los que se hace cargo».

Con siete mil objetos de arte robados cada año, Francia es, detrás de Italia, el segundo país más saqueado de Europa.

5

El Rastro

[...] But it's never late, it's never late enough for me to stay
'cos I'm wasting time, I'm wasting money again
and all the cigarettes that I have never smoked
and all the letters that I have never sent [...]

Cigarettes
Russian Red

El domingo por la mañana, aunque había trasnochado leyendo aquel extraño libro, no se despertó tarde y se levantó para aprovechar la mañana y pasear por el Rastro. ¡Nunca se sabe lo que una podía encontrar en aquel lugar tan especial! Si quería ir a dar una vuelta por el Rastro debía darse prisa, antes de que estuviera totalmente lleno y fuera imposible caminar entre la muchedumbre. Era ya finales de septiembre, durante todo el verano no se le había ocurrido acudir a este mercado callejero porque con el calor y las aglomeraciones hubiera sido una locura. Ahora las temperaturas ya no eran tan altas como en julio o agosto.

Nada más dejar la plaza de La Latina y coger la calle de Toledo empezaban a aparecer los puestos callejeros. En los primeros había, sobre todo, camisetas, bolsos, pañuelos para el cuello y accesorios parecidos. Conforme avanzaba hacia la plaza de Cascorro, aparecían más vendedores ambulantes y ríos de gente se dirigían a la famosa plaza, centro del rastro madrileño. Aquel mercado sólo se celebraba los domingos por la mañana. Era tan popular

que muchos turistas lo tenían marcado en su ruta por Madrid. La verdad es que era un espectáculo. Desde Cascorro, bajando por la calle de la Ribera de Curtidores hasta llegar prácticamente a la Glorieta de Embajadores, todas las calles perpendiculares estaban completamente a reborar de puestos donde se vendía cualquier tipo de cosas. El origen del nombre, el Rastro, era tan desconocido como poco afortunado. Provenía del siglo XVI, cuando cerca de esta plaza de Cascorro se colocaban todos los carniceros para vender las carnes que llegaban a la capital del Imperio. Y, claro, con tanto cortar y sangrar, se iba generando un rastro de sangre que descendía por las empinadas calles, camino de la glorieta de Embajadores, de ahí el peculiar nombre.

Todo lo imaginable, y también lo inimaginable, se compraba y vendía en las mañanas de domingo desde hacía muchos años. Desde animales —de hecho había una calle donde sólo se vendían pájaros—, pasando por todo tipo de comida de los cinco continentes; sandalias a dos euros, sujetadores a tres euros, trajes de primera comunión, muebles antiguos, camisetas a la última moda; banderas de países desaparecidos y otros que nunca han existido, ropa de niño, cuadros, carteles de cine, ordenadores obsoletos, herramientas de bricolaje, extintores, y un sinfín de cosas más.

Silvia no compraba nada pero se divertía mirando. Estuvo tentada por una camiseta blanca con la cara de Audrey Hepburn, hasta se la probó encima de la que llevaba, pero no le gustaba como le quedaba. La vendedora le hizo una rebaja, pero no quería regatear, simplemente no le convencía. Después del paseo por el Rastro, fue a uno de los últimos bares de la Ribera de Curtidores, que era famoso por sus grandes tostas. Solía haber cola, pero todavía era pronto y no tuvo que esperar mucho. Compró para llevar una de lacón con queso brie y una botella de agua. Se la comió mientras volvía andando a su casa.

Al entrar en su portal y pasar por delante de la muralla se cruzó con un vecino que la saludó con un simple «Hola». Era un chico alto y delgado, con el pelo corto y moreno, a quien veía a veces. Aunque no sabía cómo se llamaba y a qué se dedicaba, hacía varias semanas que le llamaba la atención por algún tipo de razón que desconocía. Parecía bastante majo y físicamente no estaba nada mal. Algún día de estos debería intentar hablar con él.

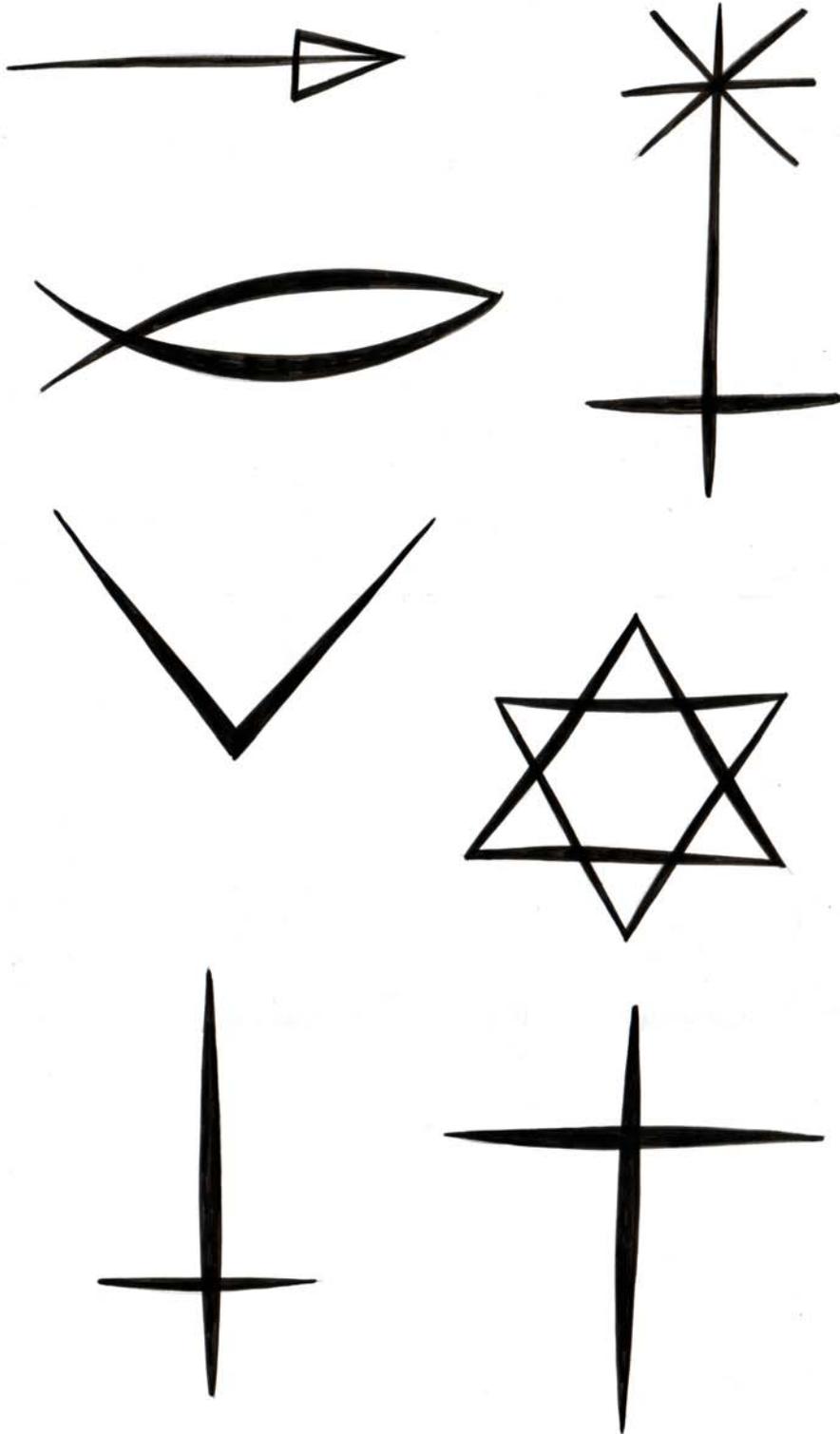
Una vez en su apartamento, lo primero que vio fue el libro sobre Quevedo encima de la mesa. Se diría que estaba allí esperando a que volviera para contarle algo. Pero a los libros, como a los hombres, hay que hacerles esperar. Así que se sirvió, pausadamente, una copa de vino de la botella de Matarromera y se sentó en el sofá. Cogió el libro y examinó de nuevo la contraportada. Se levantó y fue al armario del salón, del estante superior extrajo un pequeño estuche. Lo abrió y cogió un pequeño utensilio con la punta cortante. Era como un bisturí de medicina. Se volvió a sentar en la mesa frente al libro y, con la herramienta cortante, seccionó minuciosamente el forro de cuero de la contraportada. Después lo quitó y, con sumo cuidado, la desarmó por completo. Habían utilizado dos tipos diferentes de papel para forrarlo por dentro, uno de ellos no tenía ninguna relevancia, el otro sí, ya que era el que estaba escrito en letra cortesana. Se trataba de una hoja de papel de buena calidad, «por eso lo utilizarían para reforzar las tapas», pensó. Había un texto de seis párrafos, con siete extraños símbolos en la parte inferior. El último de ellos era una especie de cruz unida a una estrella de muchas puntas, nunca antes había visto ese símbolo.

Entendía algunas de las letras, pero no conseguía formar palabras: por mucho que se esforzaba no descifraba nada del texto. Sabía que era de época bajomedieval, reconocía los trazos, pero no tenía la suficiente destreza para ser capaz de interpretarlos. Lo siguió intentando hasta que se dio finalmente por vencida. Lo llevaría a la Biblioteca Nacional, conocía a alguien en el departamento de Paleografía y Numismática que podría ayudarla.

La mañana del lunes fue al trabajo como siempre, escuchando música en su iPhone. Hacía buen tiempo, corría una suave brisa que hacía agradable pasear por el centro de Madrid. Subió, entre las estatuas de San Isidoro de Sevilla y Alfonso X el Sabio, la escalinata de la Biblioteca Nacional y saludó a Carlos, que estaba sonriente. Bajó en el ascensor hasta el segundo sótano. En su sala de trabajo no había mucha gente.

—¡Buenos días! —le saludó María Ángeles, mirándola de arriba abajo—: Pilar Fernández te espera a las doce para una reunión.

—Buenos días. Gracias, ya lo sé —no le dedicó ni el más mínimo interés.



Dejó sus cosas en la oficina, a excepción de un sobre. Después cogió de nuevo el ascensor hasta el primer sótano. Allí recorrió el pasillo hasta el final, donde se encontraba una gran puerta de madera. Entró sin llamar. Era una gran sala, en ella se encontraban una docena de personas en mesas antiguas de madera, con multitud de papeles sobre ellas. Al fondo a la derecha estaba Blas González, un hombre ya mayor, a punto de jubilarse y que le había ayudado cuando empezó allí. A pesar de su experiencia no trabajaba mucho, se podía decir que estaba de vuelta de todo y ya no le daban encargos importantes. Sólo esperaban que se jubilara pronto para poner alguien más joven en su lugar o, simplemente, para no remplazarle por nadie y amortizar el puesto. Por eso, ella sabía que si le pedía un favor no dudaría en ofrecerse. Sabía que estaría aburrido, de hecho le vio bostezar desde lejos.

—Hola, Blas, ¿qué tal estás?

—Qué sorpresa, Silvia. ¿Qué haces tú por aquí? —le preguntó mientras se levantaba cortésmente para darle dos besos.

—Te echaba de menos y he venido a verte.

—Mentirosa.

Blas González se conservaba estupendamente para su edad. Tenía el pelo ya plateado, pero abundante; era bastante bajo pero, en cambio, estaba delgado y solía estar de buen humor. Sus ojos brillaban con la presencia de Silvia y le pidió que se sentara en una silla frente a él.

—Ahora en serio, cuéntame, ¿cómo estás? —le preguntó Blas visiblemente contento con la inesperada visita.

—Muy bien, la verdad es que hacía mucho que no nos veíamos, y eso que sólo estoy una planta más abajo —Silvia sabía que si no se veían era por su culpa, ya que Blas había pasado varias veces a verla y había dejado un recado, pero ella estaba siempre ocupada.

—Puedes venir a verme cuando quieras, pero date prisa porque este año me jubilo —dijo Blas entre risas—. ¿Cómo va todo por ahí abajo?

—Tenemos mucho trabajo, la semana pasada vinieron unos del Louvre para una exposición de libros de caballería y me ha tocado el marrón.

—Bueno, tú eres capaz de eso y mucho más. Desde el primer día que te vi sabía que tenías un gran potencial —Blas disfrutaba con la visita.

Silvia sonrió, tenía que pedirle un favor pero no sabía exactamente cómo hacerlo. No le gustaba contar a nadie nada de su vida, así que prefería guardar en secreto el origen del documento. Miró a su alrededor, aquella sala se diferenciaba bastante de la de su departamento. Los muebles eran más viejos, había más papeles y la media de edad era bastante más elevada. Hacía más calor, el ambiente parecía más tranquilo, nadie tenía aspecto de estar agobiado y el tiempo parecía transcurrir más despacio.

—Te invito a desayunar, ¿qué me dices?

—Por favor, Silvia, ¿cómo voy a rechazar una propuesta así de una chica tan guapa? —respondió Blas con una gran sonrisa—. Pero el que te va a invitar soy yo.

—De eso, nada. Coge tu chaqueta.

—A sus órdenes —dijo Blas mientras hacía el saludo militar, que dejó al descubierto un gran tatuaje que tenía en el brazo derecho y que representaba, a grandes rasgos, la silueta un tigre.

Salieron por la escalinata, ante la atenta mirada de Carlos, el vigilante, que les saludó con la mano.

—¿Vamos al Pabellón del Espejo? —preguntó Silvia.

—Me parece perfecto.

Aquella era una de las terrazas más famosas de Madrid, situada en el Paseo de Recoletos, cerca de la Biblioteca Nacional. El Pabellón del Espejo destacaba por su decoración estilo *art nouveau*, que recreaba el ambiente de principios del siglo xx, y era punto de encuentro de la gente más importante de Madrid.

—Es agradable este sitio, ¿verdad?

—Es precioso, es un lugar acogedor, además me encanta poder ver a los paseantes de Recoletos desde aquí.

—¿A qué no sabes de dónde proviene el nombre de este paseo? —preguntó Blas.

—Pues la verdad es que no.

—Del convento de los monjes recoletos que había enfrente, en el lugar que ahora ocupa nuestra oficina, la Biblioteca Nacional.

El camarero se acercó y ambos pidieron un cortado, pero Blas lo endulzó con un chorrito de whisky.

Silvia esperó a que se bebieran los cafés para iniciar la conversación.

—Necesito tu ayuda, Blas —dijo mientras abría el sobre y sacaba el documento que había encontrado dentro del forro de la contracubierta del libro sobre los amoríos de Quevedo.

—Espero que no sea nada grave.

—No, tranquilo.

Blas vio el papel que le aproximaba Silvia y sacó las gafas que estaban en el bolsillo interior de su chaqueta. Cuando se las colocó correctamente examinó el documento. Su cara dibujó una expresión de sorpresa, a la que siguió un pequeño suspiro. Después levantó los ojos del texto y miró a Silvia.

—Está escrito en cortesana redonda, seguramente es del siglo XIV —dijo Blas sin apenas mirarlo.

—Sí, eso pienso yo, pero ¿puedes transcribírmelo? La paleografía no es mi fuerte —le confesó Silvia, por no decir que no le gustaba nada. Pero aquello quizás hubiera ofendido a su amigo.

Blas depositó el documento sobre la mesa y sacó una libreta en espiral de su chaqueta. Buscó una página en blanco y cogió un portaminas de otro de los bolsillos. Mientras, con el dedo índice de su mano izquierda señalaba las letras del texto, con el portaminas en la mano derecha, escribía en la libreta. Llevaba ya la mitad del texto transcrito cuando se detuvo e introdujo de nuevo su mano en el interior de la chaqueta y buscó algo. «Pero ¿cuántas cosas lleva este hombre encima?», se preguntó Silvia, sorprendida por el arsenal de material que llevaba Blas en aquella chaqueta que parecía propia de un detective. Finalmente, su compañero extrajo una lupa de otro de sus innumerables bolsillos, con la que se ayudó para entender algo del texto que parecía más confuso. Silvia permanecía en silencio, nerviosa. Mientras su amigo seguía transcribiendo el documento ya sin ayuda de la lupa. «¿Qué diría aquel texto? Seguro que no tenía ninguna importancia, de lo contrario no lo hubieran utilizado para forrar otro libro», pensó. «Sería algún pasaje religioso, o algún texto legal, nada importante.» Blas ya no escribía en la libreta, estaba repasando el texto con un gesto algo preocupado. Se diría que había algo que no le convencía.

—Silvia —dijo para llamar su atención, mientras se quitaba las gafas y las dejaba sobre la mesa—, ¿de dónde has sacado este manuscrito?

La pregunta le cogió desprevenida, no pensaba que Blas fuera a preguntarle la procedencia del texto. Por eso precisamente había

recurrido a él, porque lo tenía en consideración como alguien poco entrometido, no le gustaba la gente que quería enterarse de todo, y mucho menos tener que dar explicaciones a nadie.

—Estaba dentro de un libro, alguien lo había olvidado allí —no era una gran mentira, prácticamente estaba diciendo la verdad.

Blas miró de nuevo el texto original y el transcrito por él mismo. Se rascó la perilla con su mano derecha y miró a Silvia.

—Es algo excepcional. No es un texto legal, ni religioso. Más bien diría que es una especie de código, un texto que revela algún tipo de enigma o algo parecido —expuso Blas ante la cara de incredulidad de Silvia—. Toma, léelo tú misma.

Blas dio la vuelta a los dos textos para que Silvia pudiera leerlos y compararlos. Ella se inclinó sobre la mesa y leyó de un tirón lo que había transcrito Blas. A mitad del texto tuvo que volver al principio, porque le costaba entenderlo. Puso más atención y esta vez llegó al final de los seis párrafos. Después, miró el texto original y empezó a ver con claridad las palabras que había conseguido transcribir su compañero y que a ella le resultaron imposibles. El trabajo de Blas parecía perfecto.

—Esto... es muy extraño —dijo Silvia contrariada, Blas se rió—. Como tú dices, cada párrafo es una especie de código o adivinanza.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué se trata, es la primera vez que me traen un texto como este. Pero no me gusta, no me preguntes por qué, pero me da mala espina. Silvia, dime la verdad, ¿de dónde lo has sacado?

—No puedo decírtelo.

Blas la miró sorprendido.

—¿Y los siete signos?

—No sé, ¿qué piensas tú? —preguntó Silvia.

—¿Qué relación tienen con los seis párrafos? —Blas cogió de nuevo el manuscrito buscando alguna pista—: Tienen que significar algo.

—¿A ti no te dicen nada?

—No, parecen símbolos rudimentarios, sin interés.

—Pero tienen que tener alguna interpretación.

—Imagino que sí.

—Deja que me lleve el manuscrito para estudiarlo mejor.

—Lo siento, Blas, pero no puedo.

—¿Por qué? —su compañero se percató del error de su pregunta al ver la mirada de Silvia—: Está bien. Déjame al menos hacer una copia de la transcripción, voy a hacer una llamada a un amigo que quizá pueda ayudarnos, ¿de acuerdo?

Silvia asintió.

NOTAS DEL AUTOR

Este libro nació de mi pasión por la Edad Media y especialmente por los castillos. He realizado numerosos artículos de investigación y divulgación sobre las fortalezas medievales, varias guías turísticas y numerosas exposiciones fotográficas. En esta novela aparecen decenas de ellos, algunos tan solo se nombran una vez, otros son escenarios principales. Lo que he querido mostrar, de la mejor manera posible, es mi fascinación por estos gigantes de piedra que pueblan numerosos paisajes y pueblos de España. Hay algo en ellos que nos atrae poderosamente. Tenemos la Edad Media idealizada, como una época maravillosa, y su resto más visible, su emblema, su símbolo: son los castillos. Creo que visitar un castillo es como viajar en el tiempo. En ningún otro lugar dejamos volar nuestra imaginación como entre los muros de una fortaleza medieval. Les animo a ustedes a que también los visiten, que suban a sus muros y se asomen entre sus almenas y, sobre todo, que dejen volar su imaginación.

El escalón 33 también surgió a partir de mi interés por el románico, un estilo artístico hermoso y, aparentemente, sencillo, donde cada detalle era importante, por minúsculo que éste fuera. Que se desarrolló en una época, en torno al año mil, donde los hombres vivían atemorizados por la llegada del fin del mundo. Las marcas de cantero son sólo uno de los enigmas que nos dejaron. Unos

símbolos sencillos y pequeños, que pasan casi desapercibidos al ojo humano, pero estoy seguro de que después de leer este libro, no podrán dejar de buscar en cuanto entren a un edificio medieval. Hay muchas teorías sobre su origen y función, desde que eran simples sistemas de contabilización a que realmente tenían una función simbólica, y por tanto, escondían un mensaje secreto.

Las energías telúricas son otro de esos grandes misterios. Muchos estudios afirman que provienen del núcleo de la Tierra. Son como ríos de energía que emanan continuamente, buscando huecos a través de fracturas y grietas de la corteza terrestre y alcanzando determinados lugares en la superficie. Están relacionadas con las variaciones energéticas del núcleo de nuestro planeta, la electroconductividad del terreno y las influencias gravito-magnéticas del Sol y del resto del sistema planetario. Hay teorías que afirman que todos estos ríos de energía están interconectados entre sí y que son capaces de transformar a los individuos.

Los centros de poder son los lugares donde se concentran las energías telúricas. En ellos se han edificado todo tipo de construcciones a lo largo de los siglos. Sobre asentamientos megalíticos se construyeron santuarios celtíberos, y sobre ellos templos romanos, que fueron sustituidos por mezquitas o iglesias prerrománicas o románicas, que luego fueron reedificadas como templos góticos o mudéjares. Siempre en los mismos lugares. Porque lo importante no era el edificio, sino el emplazamiento, el centro del poder que allí había.

Esta novela también es un mapa de Madrid, ciudad a la que llegué hace años y que no deja de sorprenderme. Lo bueno de esta ciudad es que puedes descubrir algo nuevo e increíble cada día. En este libro, he mostrado los lugares que visitaría un personaje como el de Silvia: bares de La Latina o Lavapiés, El Circulo de Bellas Artes o El Rastro. Es ella quien nos enseña su Madrid. Silvia dice que quiere irse, abandonarla, pero en el fondo sabe que ya forma parte de ella, que está irremediabilmente enamorada de esta ciudad.

Crecí leyendo novelas de misterio, mi tía tenía toda la colección de libros de Agatha Christie, y ya con trece años escribí una novela policiaca —que gracias a Dios nunca se publicó— pero que yo mismo encuaderné en el colegio y que todavía guardo con cariño. El descubrir lo desconocido ha sido siempre una de las grandes pasiones de los seres humanos.

Creo que en el mundo real las personas no somos simplemente buenas o malas, por ello tampoco los personajes de este libro lo son. Y también estoy convencido de que todos ocultamos algo, una parte de nosotros mismos que no queremos o no podemos mostrar. Después de leer la novela, pensarán que muchos de sus personajes son misteriosos o extraños, la razón es simple, son seres humanos.

Y, por último, los símbolos siempre me han resultado fascinantes, cómo pueden decir tanto con tan poco. Cómo se repiten los mismos en diferentes culturas y épocas. Cómo hemos dotado a algunos de ellos de un poder y trascendencia tan importantes. Las palabras no pueden expresarlo todo, a veces decimos que una imagen vale más que mil palabras, y es verdad. Pero mucho antes de que se crearan las imágenes, en el mundo ya existían los símbolos.

AGRADECIMIENTOS

A Elena que ilumina con su sonrisa todos mis sueños y los hace realidad.

A Silvia Parra y a Ana Rodríguez, grandes amigas, que fueron las primeras lectoras del manuscrito, y me ayudaron con sus acertados consejos.

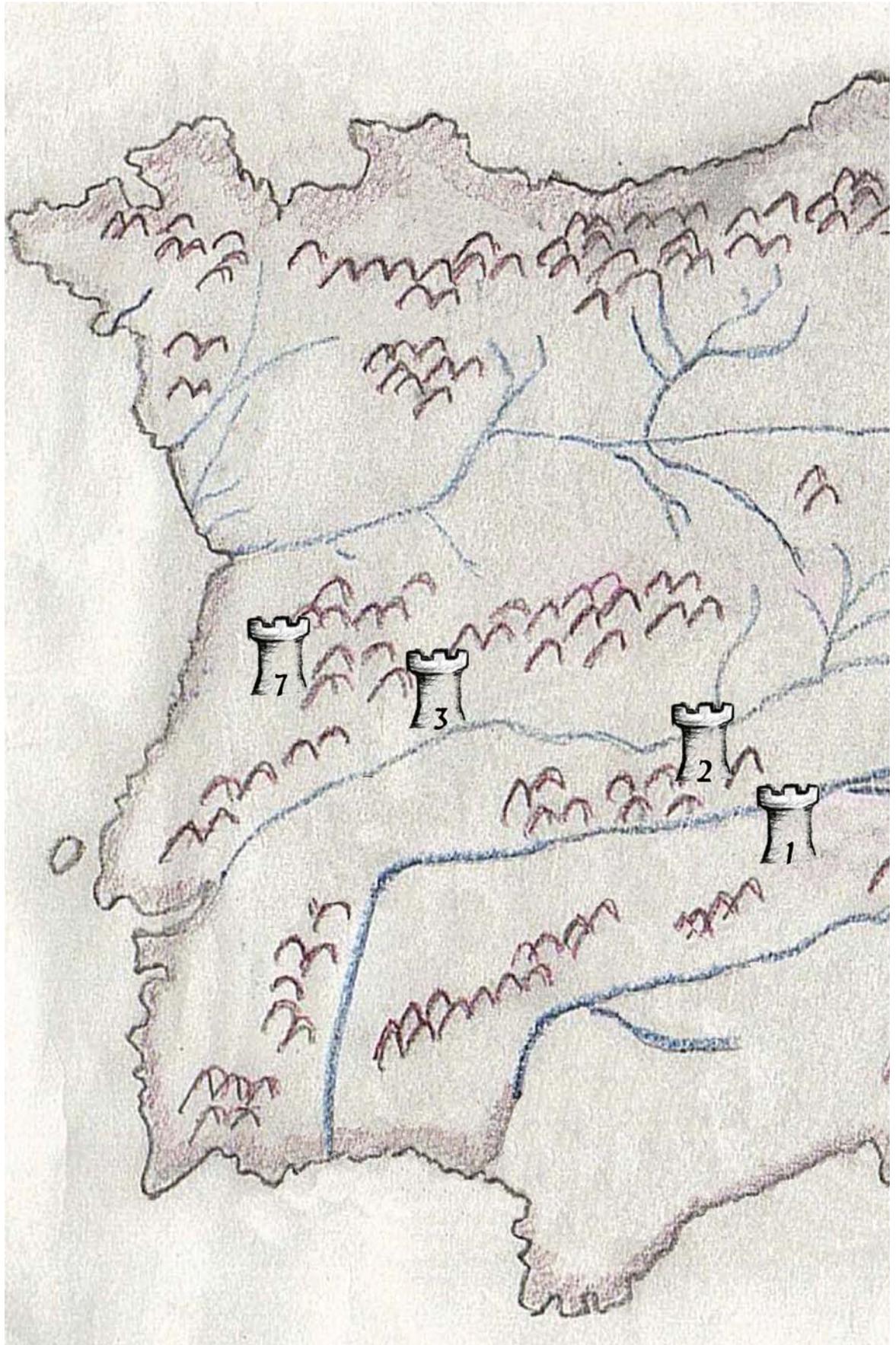
A Zuzana Svak, gran intérprete y traductora, con quien compartí muchas horas de trabajo mientras escribía esta novela.

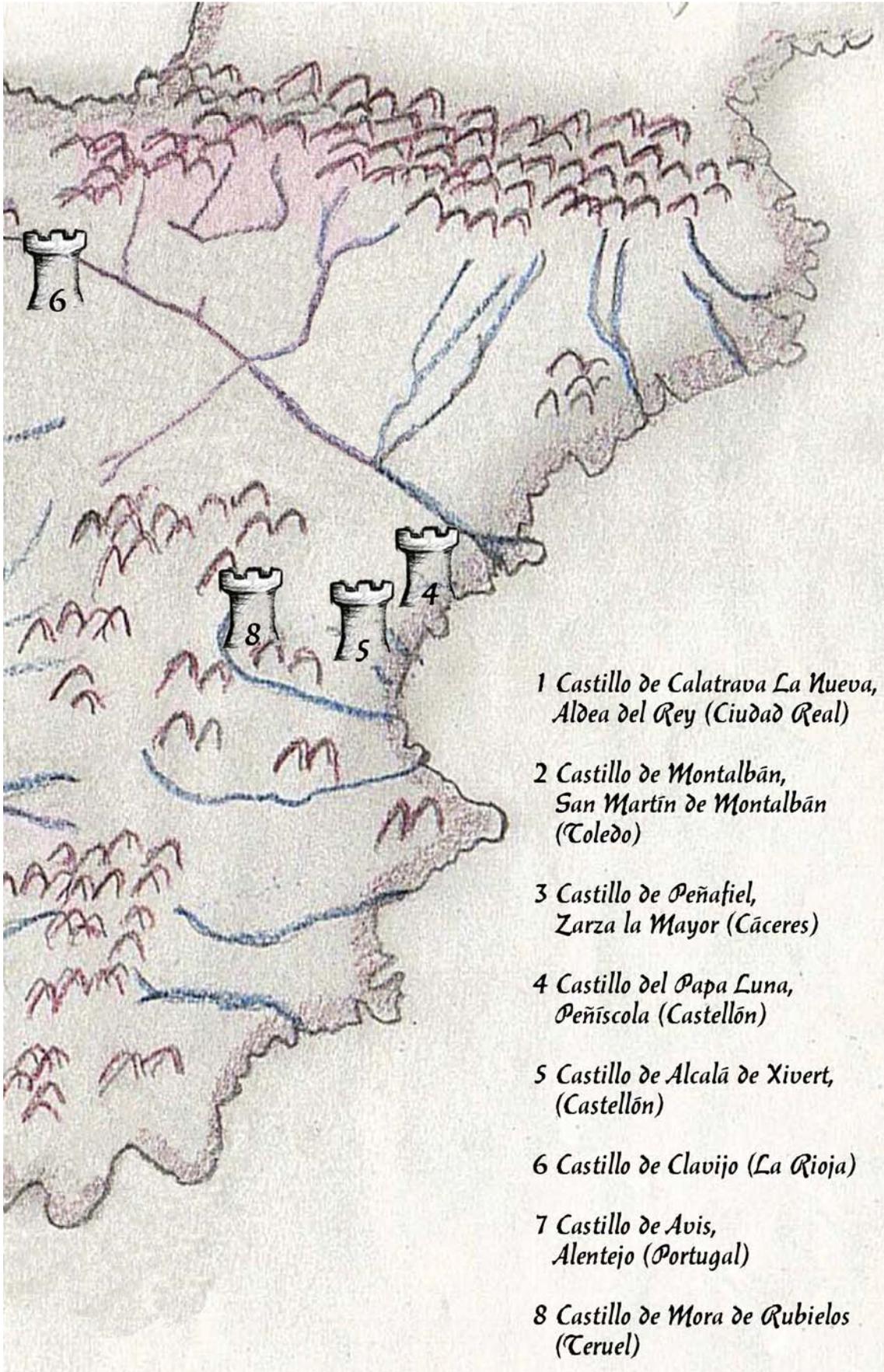
A Antonio García Omedes, gran investigador del románico, vicepresidente de la Asociación de los Amigos del Castillo de Loarre y responsable de la web de referencia en este campo: romanicocaragones.com.

A todos los guías que han iluminado mis innumerables visitas a castillos e iglesias. Y a todos los bibliotecarios que trabajan en esas bibliotecas que tanto frecuento para documentarme.

A Isabel López-Ayllón, la editora que tanto me ha ayudado con esta novela, y a todo el equipo de Ediciones Nowtilus, con su director Santos Rodríguez a la cabeza.

A todos mis amigos de Borja y a los que siempre creyeron en mí.





1 Castillo de Calatrava La Nueva,
Aldea del Rey (Ciudad Real)

2 Castillo de Montalbán,
San Martín de Montalbán
(Toledo)

3 Castillo de Peñafiel,
Zarza la Mayor (Cáceres)

4 Castillo del Papa Luna,
Peñíscola (Castellón)

5 Castillo de Alcalá de Xivert,
(Castellón)

6 Castillo de Clavijo (La Rioja)

7 Castillo de Avis,
Alentejo (Portugal)

8 Castillo de Mora de Rubielos
(Teruel)